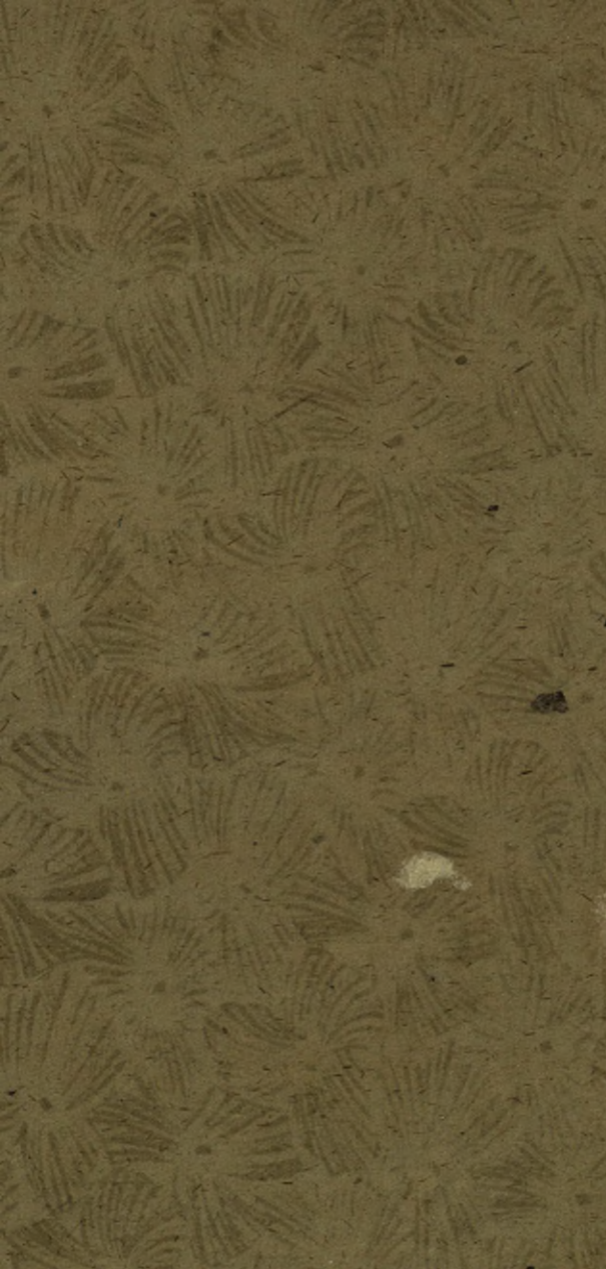


13







B.A. 9420/DC 8 p
159/



CEU
Biblioteca

B. Díez del Corral

Liricas

NA. 564174

CDZ
869
MIG

AD2

MIGUEL COSTA, PBRO.

Líricas

CON LICENCIA ECLESIASTICA



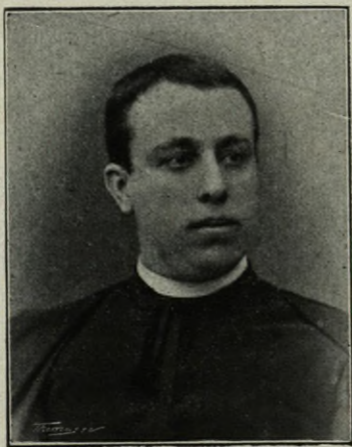
PALMA DE MALLORCA

TIPO-LITOGRAFIA DE AMENGUAL Y MUNTANER

1899







M. Costa.

PRÓLOGO

EEMPLADO, en gran parte, aquel ardor de lucha regionalista que acompañó al renacimiento de las letras catalanas, es por demás empeñarse nadie en renovar contiendas, casi del todo inútiles, ni pretender siquiera zanjar el límite de opinión que en la reciente polémica separó á los moderados de los intransigentes á raja tabla. Pero si álguien quisiera comprobar con ejemplos prácticos las ventajas ó perjuicios que sobrevienen á la poesía lírica, de emplear el poeta su propio lenguaje nativo ú otro cualquiera que no sea el regional, rara vez hallaría campo de estudio más apropiado y fecundo en luminosos contrastes

que las obras poéticas de Miguel Costa y Llobera.

Por más que no haya vociferado su nombre, ni apenas haya fijado los ojos y la atención en sus escritos, esa crítica de periódicos y revistas que tan sólo observa y pregona lo que bulle á su derredor, trátase de un poeta de mérito eminente y legítimo, autor de composiciones, que de seguro no morirán y en las cuales resalta y campea una naturaleza poética, rica de vida y de vigorosos alientos, llamada á sentir y á expresar las grandezas del arte y las magnificencias de la inspiración alta y genuina. Sin el menor detrimento de la justicia puede afirmarse de Costa que es uno de los poetas mejor dotados del altísimo don de la sensatez artística, así como de esa aversión natural que rechaza todas las ingeniosidades y fruslerías que son caracter y plaga á la vez, de la lírica contemporánea. La intuición clara y el hondo sentimiento de los asuntos en que se inspira, los cuales son siempre de cierta alteza y de fecunda virilidad; la maestría de los grandes artífices del verso con que logra Costa encarnar sus concepciones en la

palabra vibrante y luminosa; el mismo espíritu de majestad sagrada que alienta en sus estrofas, reflejando de lleno el carácter sacerdotal del autor y su inclinación á interpretar las ansias y los recuerdos que aquejan al alma, sedienta de lo infinito; la sólida cultura alcanzada por la contemplación y el estudio de las maravillas del arte clásico y del cual recogió la euritmia é instinto del orden que, como ley suprema, rige y temple por igual los ímpetus de la pasión y las redundancias del lenguaje, sugiriendo esa forma, sóbria de ornato, pero de limpio y fino pulimento; añádase, en fin, la facultad especialísima de recoger y de traducir con íntegra fidelidad los rumores ó revelaciones secretas con que habla, como un oráculo, al espíritu humano la misteriosa voz de la naturaleza: todo esto realiza y distingue la inspiración robusta, genial y comunicativa que resplandece en las producciones de Costa, prestando á su poesía como un sello indeleble de religiosa gravedad y de grandeza, transparencias de estilo y de conceptos y originalidad y nervio en el pensamiento.

Y cuando sólo imperan y privan un psicologismo tan exquisito y sutil que se disipa sin dejar rastro ó cierto conceptismo que, de puro alambicado, no dice nada, ó esas procacidades lúbricas que dicen demasiado; hoy que todo el mérito poético está cifrado en el aliño y refinadísima pulcritud del verso ó en forzar al lenguaje para dar á la idea el palpable relieve que ofrece el mármol, bien son de agradecer esas ráfagas de poesía recia y varonil, aunque moderada por la saludable disciplina de la templanza, que siente, cree y ama de veras, que difunde alientos de vida, ora trasmite en sus estrofas las vibraciones y latidos del mundo puramente material ó ya cante los heroicos arranques de razas primitivas y los odios y luchas de pueblos guerreros, pero siendo siempre, como diría Fr. Luis de León «cosa santa, comunicación del aliento celestial y divino, inspirado por Dios á los hombres, para con el movimiento y espíritu de ella levantarlos al cielo, de donde procede.»

Atajando con prudencia las extremosidades y convencionalismos en que dan muchos de los partidarios acérrimos de la

Renaixensa, los cuales llegan á derrochar hipérboles y metáforas del más exaltado gongorismo, por el afán de agigantarlo todo, esa inspiración de caracter algo rudo y semibárbaro, ó al menos de adusta y fuerte virilidad, que viene de las costas de levante y que aparece, aunque ya más culta, en los versos de Costa pudiera contrarestar la corriente de sensible-ria melindrosa y de sutilezas versificadas á destajo de que vive, ó de que desfallece la poesía actual, merced á los que se llaman imitadores de Heine y de Campoamor.

Desde la publicación de su volúmen de poesías catalanas, Costa es la personificación más alta de la lirica en Mallorca y son contadisimos, entre cuantos componen la nutrida y valerosa falange del renacimiento en el Principado, los que le aventajan, ó disputan la supremacia, en el verso lirico. Verdad es también que en aquella colección está lo más grande y perfecto de la poesía de Costa, y de todas aquellas obras puede afirmarse que el raudal de inspiración que por ellas corre, tan majestuoso y limpio como fluyen los grandes rios de las fuentes ma-

dres, es un raudal de sangre generosa y viva que fluye del corazón de la *isla dorada*, llevandó en sí el espíritu y el carácter de la tierra natal y reflejando por entero el alma y la hermosura de Mallorca al describir sus paisajes y costumbres. Aparte de las excelencias artísticas que son comunes á las poesías castellanas, ellas contienen las efusiones del sentimiento que brotaron del alma del poeta en la mejor edad para sentir, las vivaces fulguraciones de una inteligencia, conocedora de las estrategias del arte y de la disciplina literaria, con cuyo conocimiento suple las inesperencias de los primeros arrebatos, pero que vuela y se remonta con independendencia propia del genio, buscando en la adivinación, más que en los encasillados y astucias de la retórica, el aspecto poético de los asuntos, cincelando el verso con las ansias que despiertan y avivan las ilusiones primeras y complaciéndose en ciertos arranques y bizarrias de ingenio poco frecuentes en los años de reflexión madura ó cuando se adquiere, de grado ó por fuerza, el conocimiento práctico de la prosa de la vida. Así que rehuyendo las fórmulas y proce-

dimientos rutinarios y, más que todo, esa hojarasca y flora de trapo que prodigan sin tino ni tasa los que hablan de la naturaleza á puro esfuerzo de fantasía, interpreta con valentía y admirable perspicacia los misterios de belleza que ofrecen á sus ojos tanto los hórridos peñascos y las rompientes de la costa brava, azotados por las olas y los vientos, como la adusta y silenciosa grandeza de la sierra solitaria; ya la plácida quietud del paisaje campestre ó el ruido de la vena de agua que brota de las ocultas entrañas de la roca. De ahí provienen esa verdad y esa vida que alientan en sus descripciones y que nunca logran disimular por medio del artificio ni los ingenios de más alto poder cuando no han vivido en comunicación amorosa y franca con el mundo que describen.

Debido á esa compenetración íntima entre el alma del poeta y el objeto de sus cantos, adquiere en ocasiones frecuentes la poesía de Costa tonos de extraordinario vigor y de épica grandeza, verdaderos alientos de inspiración prepotente y, lo que vale más todavía, el don de expresar en sus acentos algo de ese

fondo humano, de ese sentimiento universal que hace vibrar todos los corazones y halla eco en todas las conciencias y cuya enunciación constituye en la poesía el signo más seguro de su vitalidad y el mérito sin igual de ser siempre nueva. Ejemplos acabados de inspiración valiente y originalísima son, entre otras obras de Costa, *Torrent de Parells*, *A un Claper*, *Temporal* y especialmente las maravillas de *Lo pi de Formentor* y *L' harpa*. Prescindiendo de varias joyas artísticas como *Demunt la altura* y *Adorant* que recuerdan la *Noche serena* y los arranques y unción mística de los *Inni sacri* de Manzoni, bastarian esas dos últimas piezas de poesía catalana para grangear á su autor el titulo de insigne poeta y la fama de que goza entre sus conterráneos, lo mismo que en regiones extranjeras donde corren y son admiradas esas y otras producciones de Costa, casi por completo desconocidas por la crítica de acá. Aquella Reina que, perdidos sus hijos y su poder, guarda tan sólo en su memoria el recuerdo de una majestad desvanecida, y en su cámara real el trono de oro y el harpa antigua en cuyas

cuerdas polvorientas dormían los himnos de dulzura patria, podrá ser, ó no, símbolo de la vieja Cataluña, así como estará, ó no, representado el actual renacimiento catalán en aquella otra gentil princesa entre cuyos dedos al pulsar el harpa, salían bandadas de notas mágicas como nacieron, aleteando, las aves de entre las manos purísimas del alba; pero, de cualquier modo, esa composición es un prodigio de arte y nunca mejor expresada la duda acerca del alcance que puede obtener la presente efervescencia literaria, bien se la tenga por verdadera resurrección de la patria antigua, bien por simple convulsión de agonía para desaparecer en la corriente de la inspiración nacional, que en aquellos versos empapados de inefable melancolía, y animados de tan alta virtud estética:

Tart era ja. La lluna blanca y freda
 guaytá tranquilament á dins la cambra;
 y ningú sab ¡ay Deu! fins á quin' hora
 durá lo só de l' harpa.

Sin embargo, la obra más original, más valiente y perfecta del genio de Costa, á mi juicio, no está ahí. Quien

quiera admirar verdadero arranque y potencia de inspiración, grandiosidad de imágenes, novedad y vigor en el pensamiento y brillantez escultórica en el verso, que lea *Lo pi de Formentor*. Nunca rayó tan alto el númen del poeta mallorquin como al cantar aquel añoso pino, no imaginándole como la musa de Heine, allá en las áridas y nebulosas cumbres del norte, cubiertas sus ramas de copos de nieve y soñando con la solitaria palmera de las tierras ardientes del mediodía, sino afrontando, sobre el duro y áspero picacho de la sierra, la fiereza de las borrascas, hundiendo su raigambre por asirse duramente al peñascal, dando á los vientos de la borrasca su régia cabellera y viviendo, como antiguo profeta, de la visión de lo alto y de los amores del cielo.

Nunca tampoco la poesía mallorquina, ni siquiera la catalana, produjo obra lírica tan original y vigorosa, tan rica de poesía y de tal brillantez y limpieza en la forma. Verdaguer aventaja, sin disputa, á Costa en exuberancia y grandiosidad de inspiración y en cierta potencia ciclópica para remover y arrancar, á

manera de bloques del pensamiento, ideas é imágenes de abrumadora grandeza; le supera igualmente en aquella ancha y dulcísima vena de ternura angelical y en la suavidad de afectos místicos que fluyen y se ramifican, como fuente de agua viva y de bálsamo del cielo, por entre las estrofas de los idilios, pero en cambio Costa, que no es tan gran poeta como Verdaguer, es de seguro más grande artista: tiene en mayor grado la maestría del procedimiento y de la ejecución, y ese instinto del método y del buen gusto sin el cual jamás se logra obra acabada y perfecta; posée el conocimiento de los misterios de combinación respecto á los sonidos y colores del lenguaje y el dominio difícil de sí mismo para no dejarse arrastrar de la propensión á lo desmesurado y gigantesco. Así que resplandece en las composiciones de Costa tan amorosa alianza de elementos, impera allí tan alta y soberana armonía, hay tal naturalidad y gallardía en la versificación que es inútil buscar en ellas rastro siquiera de la hinchazón hiperbólica que se manifiesta en los símiles y ponderaciones de algunos cuadros de la

Atlántida, veteados de gongorismo y por otra parte, de tal nervio y bárbara grandeza que parecen esculpidos por el brazo vigoroso de un gigante en la roca viva de las duras entrañas del Pirineo.

Cualquiera que examine la obra poética de Costa y comprenda la espontaneidad y elegancia con que están cinceladas sus producciones, la intensidad de la visión poética que logró el autor al concebirlas, la virtud prodigiosa para descubrir y adivinar relaciones entre la materia y el espíritu y, en fin, la personalidad tan marcada y noble que allí resalta, se convencerá bien pronto de que Costa puede aprovechar en sus producciones el raudal de la gran fuente de poesía que corre por las entrañas de Mallorca. Puede imitar mas ó menos de cerca, al incomparable trovador de la Provenza, ya que no es fácil remontarse á la altura de su genio, por ser hoy quizá el único entre los poetas modernos, á quien ha sido otorgado el don taumatúrgico de resucitar á un pueblo, la inconsciencia sublime de los cantores primitivos y de todos los grandes inspirados y el arte supremo de condensar en sus versos los reflejos de la luz proven-

zal, los rumores de aquellas montañas, el ruido de sus torrentes, la naturaleza agreste en su aspecto idílico y patriarcal: toda el alma y el corazón entero de aquella comarca, que resurge en los acentos homéricos de Mistral con todo el esplendor de su virginal hermosura, vestida con el manto de oro de aquel arte soberano y cantando en un ritmo, tan misterioso y vario como el lenguaje de la naturaleza, que resuena con el estruendo solemne con que ruedan y dan en la mar las ondas de las vertientes del Ródano.

Las tres leyendas ó narraciones históricas: *la gerreta del catiu*, *la mayna* y *castell del Rey*, que Costa publicó recientemente con el título general: *Del agre de la terra*, aunque afirma su autor que no son otra cosa que mera tentativa de poesía propiamente regional, en que el lenguaje, la sustancia misma y hasta la versificación fuesen bien de la tierra y todo exclusivamente mallorquín, llegando á renovar un metro popularísimo, el de la *codolada*, que á oídos extraños sueña, por cierto, con aburridora monotonía y hasta con hórrida aspereza, sin embargo de ser ese libro simple ensayo,

indica, bien á las claras, el gran poder de asimilación ó endósmosis del espíritu ó *agre de la terra*; denota en Costa la virtud de resucitar con integérrima fidelidad hombres y cosas de otros tiempos y costumbres, y facultades épicas, poco comunes, para trazar cuadros geórgicos ó de poesía bucólica tan admirables como *La Tosa* ó para describir en los cantos históricos del *Castell del Rey* la ruda valentía de antiguos guerreros y la negruzca y solitaria majestad de aquel castillo, que, exhalando aroma de sueños, se va deshaciendo, como antiguo nido de buitres, abandonado en la cima de un peñón sobre el abismo.

Igualmente que en las composiciones escritas en catalán hay que admirar en las líricas castellanas el generoso arranque de las altas y fecundas inspiraciones, igual vigor y nervio en la idea, visión concreta y clara del asunto de lo cual nace la vibración enérgica de la frase y casi todo el valor técnico de la forma. Algunas están por encima de los transitorios caprichos del momento, y bien pueden resistir la corriente renovadora que forman los gustos é inclinaciones de todos

los tiempos. El esmero y primor de la ejecución denotan, claramente, el trabajo firme y correcto de los buenos artífices de la estrofa, y varias composiciones rivalizan con sus mejores obras catalanas por el caudal de vida interior que en ellas circula, por el alcance y originalidad del pensamiento y por la comunicación de vislumbres y afectos. Comúnmente indican erudición mas ámplia y las excelencias todas que se agregan á un poeta de raza, cuando llega á ser perfecto humanista. Falta, sí, algo de aquella frescura y ambiente de montaña que se respira en las producciones mallorquinas; tampoco se nota en varios pasajes la naturalidad y precisión de lenguaje que tanto contribuyen en sus primeras obras para la immaculada virginidad del sentimiento; pero aun esto mismo, que suele ser achaque común de cuantos escriben en lengua extraña, sino enteramente desvanecido, está al menos compensado con méritos y ventajas de otro orden más alto.

Verdad es que en las poesías castellanas entra más que en las otras el artificio retórico, y que á trechos, en vez de

la grandeza natural de la idea, existe cierto énfasis ó lirismo declamatorio; quizá por el empleo de esos metros empedrados de voces esdrújulas, resalta con mayor relieve la forma pulcra y académica de los poetas neoclásicos en las composiciones intituladas: *Adios á Italia*, *Las cascadas del Anio*, y *Orillas del Arno*, pero ¡cuán fácilmente se olvidan tan leves reparos, sólo perceptibles en un autor de las cualidades de Costa, ante las magnificencias de inspiración y de arte puro y levantado que avaloran tales obras.! A pesar de toda la riqueza de vocabulario y la eufonía del idioma castellano, á pesar de ser el autor el mismo y de no menguar en nada el poder de su númen, es ciertísimo que únicamente, al hablar el poeta con el mismo lenguaje en que piensa, es cuando logra transmitir su idea ó sentimiento con entera libertad y con natural valentía, y sólo entonces su frase en vez de retorcida y premiosa, brota llena de fecunda vitalidad y con ese lustre ó polvillo de oro, que se pierde en el tamiz ó se desflora y destruye con el manoseo.

Costa, sin embargo, ha logrado, casi por completo, el dominio de un idioma que no es el suyo; y fuera de Alcover, que es otro poeta mallorquín, pero enteramente castellano por el asunto, por el espíritu y por la limpieza y bizarrias de estilo, nadie, en iguales condiciones, versifica con la frase castiza y expresiva de Costa. Ahí están, por ejemplo, admirablemente cinceladas en la palabra las dulzuras místicas del *Nocturno*, una de las más felices y simpáticas inspiraciones de Costa y digno de emular los tan sentidos idilios de Verdaguer; la alteza filosófica de *Ruinas*, joya de inapreciable valor, aunque sin la popularidad y prestigio de que goza la de Andrade; ahí están la varonil y marmórea composición *Ante el Moises de Miguel Angel* y la serie de sonetos verdaderamente heredianos, si vale la palabra, como *La alondra*, *A Rafael*, *A Miguel Angel*, *Orillas del Tiber*, y descollando encima de todas las obras de Costa por el espíritu de austeridad sagrada y el sentimiento tan genuinamente cristiano, por la viril entonación de sus estrofas y por la altísima virtud

sugestiva, ahí están, en fin, las maravillas de *Las Catacumbas*, verdadera poesía de martirios y de luchas, que á los ángeles causaron estupor; canto funeral y heroico endonde alienta la majestad de la fe primitiva al narrar los misterios y las inscripciones de aquellos lugares en que hervía la sangre de los mártires en vasos de cristal. No hay, de seguro, en toda la literatura española obra lírica que más se acerque por un lado á la sagrada y tosca grandiosidad de los himnos de Prudencio y por otro á la unción y energía de *La Pentecoste*.

No es preciso encarecer aquí el mérito y excelencias de todas y cada una de las composiciones del presente volúmen; mejor que mis palabras hablarán ellas al lector, dando testimonio de sí mismas. Sólo sí añadiré sin menoscabar en nada á la justicia, que desde el libro del *Amigo y del Amigo* de Ramon Lull hasta la publicación de *Poesías* de Costa, no ha nacido en tierra mallorquina poeta de tal inspiración ni de tan grandes alientos que pueda servir de enlace entre el bienaventurado mártir y el sabio y virtuoso

sacerdote autor de *Líricas*. Nadie recuerda ya aquellas hileras de versos atiborrados de poesía académica y de culta palabrería de los cantores anterrománticos de Mallorca; más como patente de origen y como depósito de antiguas reliquias literarias que por su valor intrínseco, seguirá viviendo el nombre de *La Palma* y hasta el del *Museo Balear*; pero cabe afirmar que así como Mallorca tiene en Quadrado uno de los más grandes historiadores y en Guillermo Forteza y Miguel Oliver dos escritores críticos de excepcional importancia, tiene en Juan Alcover una alta y brillante representación de la poesía castellana, en Aguiló al soberbio paladín de la lengua catalana y al sabio cantor que todo lo embellece y magnifica y en Costa al poeta *del agre de la terra* al verdadero lírico mallorquín. Como resumen de cuanto queda expuesto y de las muchas consideraciones que pudieran añadirse respecto de Costa, nada más apropiado que aquellas hermosísimas palabras de Mad. Staël á los artistas en su libro: *Alemania*, de las cuales ofrece el poeta mallorquín el más ca-

bal cumplimiento y la confirmación más gloriosa: «Purificad, decía, vuestra alma como un templo, si queréis que el ángel de los nobles pensamientos se digne descender á ella.»

Fr. Restituto del Valle Quiz, agustino



LA ALONDRA

¿VISTE allá, sobre la árida llanura,
pobre avecilla del color del suelo
volar con gritos de sublime anhelo,
como flecha lanzándose á la altura?

Ebria de inmensidad y de luz pura,
ciérnese ¡oh gloria! en el azul del cielo,
hasta que pronto, fatigado el vuelo,
al surco vuelve de la gleba obscura.

Desde el árido yermo donde mora,
cantando así mi corazón se lanza,
y vuelve á la aridez desoladora.

Aquí, rendido, su miseria llora...
Mas ¡ah! feliz quien en la tierra alcanza
los ímpetus del ave de la aurora.



NOCTURNO

¡SILENCIO!.. En la arboleda
canta ya el ruiseñor, que allí se esconde.
¡Silencio!... Dulce y queda
la voz del alma á su cantar responde.

—Al mundo obscurecido
descubre sus tesoros el espacio.»

—En sombras y en olvido
abre el Amor su místico palacio.»

—Las vírgenes estrellas
besan el suelo con su luz de oro.»

—Más puras son y bellas,
más hondas las miradas del que adoro.»

—Süave es el rocío
sobre las hojas de sedientas flores.»

—Süave al pecho mio
el llanto del Amor de los amores.»

—¡Oh noche! ¡Oh poesía!
¡Oh sueño encantador de lo creado!»
—¡Oh mares de ambrosía!
¡Oh sombra dulce de mi dulce Amado!»

—Grande es la voz que labra
con su poder el universo mundo.»
—¡Más grande la palabra
de mi Amor desangrado y moribundo!»

.

Sus cantos á porfía
asceta y rui señor así alternaron;
y hasta rayar el día
bosques, ondas y cielos escucharon.



NOTA

S. Francisco de Asís pasó toda una noche alabando á Dios en competencia con un sencillo ruiseñor, y en este hecho está inspirada la presente poesía.

OYENDO MÚSICA

INÚNDESE en raudales de armonía
la sequedad del corazón sediento...
Lavad mi sér, ungidme en poesía,
arrullad y meced el alma mía,
ondas del vago mar del sentimiento.

En corrientes de mágica dulzura
memoria y pensamiento desfallecen;
y al solo impulso de vivaz ternura,
flotan sueños de luz, como en la altura
doradas nubes que los aires mecen.

Ni sueños ya. Del corazón rendido
se eleva solo y en serena calma
un anhelo profundo, indefinido...
Estas notas ¡oh Dios! son el gemido
de las nostalgias íntimas del alma.



IDILIO FRANCISCANO

LA paz de Dios reinaba
sobre los valles de la verde Umbría.
El sol ya declinaba;
y sosegado el día,
muriendo como el justo, sonreía.

Sereno y recogido,
descalzo el pie, con un sayal por veste,
un pobre, como ungido
de bálsamo celeste,
seguía á solas un sendero agreste.

Y el valle atravesando
donde Bevagna la gentil reposa,
vió cerca, revolando
en nube rumorosa,
multitud deavecillas prodigiosa.

Absorto al contemplarlas,
él saludó. Las aves sosegaron;
y, yendo él á llamarlas,
ellas se le acercaron,
y amigas, sin temor, le circundaron.

—«Hermanas avecillas,
cantad á Dios con fervoroso anhelo;
servidle, aves sencillas,
que os da sobre este suelo
alas y plumas de gallardo vuelo.»

«Nobleza y hermosura,
mejor que á muchas obras de sus manos,
os dió, y morada pura
que anhelan los humanos,
el reino de esos aires soberanos.»

«Y libres de desvelos,
sin sembrar ni segar, os alimenta
el Padre de los cielos,
que con bondad atenta
os mira y os escucha y acrecienta.»

Dijo; y las avecillas,
que inmóviles callaban escuchando,
movieron sus alillas
de gozo rebosando,
con caricias al pobre venerando.

Entorno de él volaban,
que, cual ebrio de Dios, iba y venía;
su túnica rozaban,
rozaban á porfía...
Y él, haciendo la cruz, las bendecía.

.

¡Flor del Edén perdido,
sencillez del amor, ciencia primera,
tu encanto, ya en olvido,
natura toda entera
en el Pobre de Asís reconociera!

Él, en su amor sublime,
de todo sér llamábase el hermano;
y cuanto lucha ó gime,
(¡ay! hasta el hombre insano)
rendíase al humilde soberano.

De Cristo la dulzura
por ciudades y yermos predicaba;
y á todo la ternura
sin término alcanzaba
que de su herido pecho desbordaba.

Trasunto de su Amado,
pasó por estos valles peregrino...
Aun de su pie llagado
la huella en el camino
trasciende á puro bálsamo divino.



SOBRE UN CONCEPTO DE LEOPARDI

*La noia è in qualche modo il più
sublime dei sentimenti umani.*

¡SIEMPRE el afán! La mente desterrada
con nostalgia incurable peregrina,
y, al abarcar la plenitud mezquina
de dicha terrenal, siente la nada.

Franqueadle esa bóveda estrellada
do la materia sin cesar germina,
dadle mundos sin cuento... Ella adivina
que aun gimiera al gozarlos, hastiada.

¡Oh mal de Semidiós, profundo hastío,
abismo grande del anhelo humano,
mayor que el universo es tu vacío!

¡Oh miseria imperial de un vil gusano,
por ti concibe el pensamiento mio
la nobleza del hombre soberano!



AMOR DE PATRIA

AL dejar para siempre el desterrado
los dulces valles de su patrio suelo,
cogió por prenda única en el monte
un tallo de romero.

Tierras pasó y fortunas; más constante,
al llamar cada noche el tardo sueño,
besaba el triste con amor, besaba
un tallo de romero.

Un día de huracán rugientes olas
tristes lanzaron á la playa un muerto:
en su mano crispada retenía
un tallo de romero.



MARINA

CANTA á solas el barquero,
canta y rema en su batel,
mientras sonríe sobre él
radiante el primer lucero.

Lenta, bogando al azar,
la nave apenas se mece,
y la noche se adormece
sobre la calma del mar.

La brisa de la ribera,
susurrante de placer,
hace el agua estremecer
con su caricia ligera;

y con el dulce cantar
lleva á las torres lejanas
perdido són de campanas,
entre efluvios de azahar. (*)

Allá en la bóveda azul
los puros astros se encienden...
Luces fosfóricas hienden
del agua el lóbrego tul.

Estrellas luce la altura,
y estrellas el mar también...
La nave en blando vaivén
flota en medio, á la ventura.

Suspira dulces querellas
el abismo seductor,
y con trémulo fulgor
hablan de Dios las estrellas.

Con el errante cantar,
su vago anhelo exhalando,
prosigue el joven bogando
por la noche, por el mar.

.

¿Conoces al batelero?
¿Puedes su voz comprender?
¿Quién sabe dónde ha de ver
la luz del postrer lucero?



NOTA

(*) En las aguas de Mallorca, frente á Sóller, percíbese á veces, aun bastante lejos de la ribera, el aroma de azahar procedente de los naranjales de aquel amenísimo valle.

BALADA DE LA FUENTE

*En un espejo, un abismo
puede hallar la vanidad.*

I

A la vera de la fuente,
la fuentecilla del bosque,
está la bella aldeana
peinando sus trenzas dobles.
—«Ondina, la buena ondina,
que en estas aguas te escondes,
tu espejo me dice hermosa,
mas pobre como tus flores.»

La moza canta y se mira...
Y la fuente corre, corre.

II

Pensativa junto al agua,
pensativa está la joven:
si pronto el cántaro llena,
no llena sus ilusiones.

—«¡Ay hada! si tu me dieras
oro y perlas que recojes,
yo reina de amor sería
en el castillo más noble.»

Calla la moza, se mira...
Y la fuente corre, corre.

III

Pálida como la luna
va la niña por el bosque:
no mira ya las estrellas,
no escucha los ruiseñores.
El golpe de una caída
suena perdido en la noche.
El ruiseñor enmudece;
triste la luna se pone.

Llorosa despierta el alba...
Y la fuente corre, corre.



SOLEDAD

«CÁNDIDA flor, que la corola abriste
al soplo de tristeza soñadora,
ni has oído trinar ave canora,
ni dulce efluvio de otra flor bebiste.»

«Cuando vierte sus lágrimas, flor triste,
compadecida sobre ti la aurora,
sonries, sin que anheles seductora
felicidad, que para ti no existe.»

«Sonríe, casta flor; hacia la altura,
cual sacro incienso, tu perfume envía
á donde vuela toda esencia pura...»

«Y si en herirte el aguijón porfía,
por cada herida viértele dulzura...»
—Un joven corazón así decía.



EL PINO DE FORMENTOR

Electus ut cedri.

HAY en mi tierra un árbol que el corazón venera:
de cedro es su ramaje, de césped su verdor;
anida entre sus hojas perenne primavera,
y arrostra los turbiones que azotan la ribera,
añoso luchador.

No asoma por sus ramos la flor enamorada,
no va la fuentecilla sus plantas á besar;
mas báñase en aromas su frente consagrada,
y tiene por terreno la costa acantilada,
por fuente el hondo mar.

Al ver sobre las olas rayar la luz divina,
no escucha débil trino que al hombre da placer;
el grito oye salvaje del águila marina,
ó siente el ala enorme que el vendabal domina
su copa estremecer.

Del limo de la tierra no toma vil sustento;
retuerce sus raíces en duro peñascal.
Bebe rocío y lluvias, radiosa luz y viento;
y cual viejo profeta recibe el alimento
de effluvio celestial.

¡Árbol sublime! Enseña de vida que adivino,
la inmensidad augusta domina por doquier.
Si dura le es la tierra, celeste su destino
le encanta, y aun le sirven el trueno y torbellino
de gloria y de placer.

¡Oh! sí: que cuando libres asaltan la ribera
los vientos y las olas con hórrido fragor,
entonces ríe y canta con la borrasca fiera,
y sobre rotas nubes la augusta cabellera
sacude triunfador.



CEU
Biblioteca

B. Díez del Corral

¡Árbol, tu suerte envidio! Sobre la tierra impura
de un ideal sagrado la cifra en ti he de ver.
Luchar, vencer constante, mirar desde la altura,
vivir y alimentarse de cielo y de luz pura...

¡Oh vida, oh noble sér!

¡Arriba, oh alma fuerte! Desdeña el lodo inmundo,
y en las austeras cumbres arraiga con afán.
Verás al pie estrellarse las olas de este mundo,
y libres como alciones sobre ese mar profundo
tus cantos volarán.



EN LA PLAYA

LIBRE al aire y al sol, un rapazuelo
corre descalzo por la abierta playa,
con el empeño de seguir la raya
divisoria del mar y el firme suelo.

Mas ve burlado su infantil anhelo,
pues ya la ola sin llegar desmaya,
ó ya parece que á cubrirle vaya
de las espumas el rizado velo.

Tal entre el *si* y el *no*, confusamente,
corre anhelante nuestra humana vida,
sin que nunca deslinde su presente.

Dicha gustada, adversidad sufrida:
¡oh cuánto una de otra es diferente!
Mas ¿quién línea trazó que las divida?



VISLUMBRES

CUANDO el nocturno misterio
domina sierras y valles,
y el solitario pastor
siente encantos formidables;
cuando los montes escuchan
hablar en sueños los mares
y ven por el hondo cielo
perderse estrellas errantes;
cuando las flores nocturnas,
lentas abriendo sus cálices,
beben rocío y elevan
sus aromas virginales;
entonces tal vez, confusa,
pasar te veo distante,
blanca reina de mis sueños
¡oh Poesía inefable!



PARA UN ÁLBUM

SI es la mejor poesía
perfume del alma en flor,
celaje en la fantasía
y trino al naciente día
de la vida en el albor;

si es la magia encantadora
que en el pensar y sentir
un alma pura atesora;
tú que la tienes ahora,
¿por qué la vas á pedir?

No te dará dulce tema
mi musa sin ilusión.
¿Quieres dulzura suprema?
Pues abre el vivo poema
de tu propio corazón.



INTIMA

HUYENDO al fin de Babel,
perdime en el gran desierto
y moré en la soledad,
moré con mis pensamientos.
Ardiente, viva, implacable,
caía la luz del cielo:
si los párpados cerré,
la luz filtraba por ellos.

Tuve sed... El agua pura
vertiérala ya muy lejos,
que solo mi lira inútil
llevé conmigo al desierto.
Del cáliz de Babilonia
sentía el amargo dejo,
y escasas gotas de llanto
mi sed amarga acrecieron.

Anduve, y al pie de un monte
llegué en mi postrer esfuerzo,
y en clara fuente bebí
cabe la sombra de un cedro.

Era el árbol patriarcal
venerado de los vientos,
que su tronco levantaba
como columna de un templo.
Su ramaje perfumado
lacio pendía hasta el suelo,
como la barba de Aarón
ungida en sacros ungüentos.
A su amparo reposé,
dormí con profundo sueño,
y desperté al dulce són
de vagoroso concénto.
Era mi cítara fiel
que, suspendida del cedro,
vibraba al beso fugaz
del espíritu del viento.
Aquel errante sonido
con fuerza ignota del estro
hacía vibrar en mí
lòs renacientes anhelos.
Las fuentes del corazón
se llenaron y corrieron;

y la marchita esperanza
reverdecía á su riego.

Pensativa soledad,
puros aires del desierto,
aromas que dais vigor
al pobre espíritu enfermo,
todo mi sér penetrásteis
con vuestro influjo secreto...
¡Sentí un ósculo de paz
alzando la vista al cielo!
Y dije: aquí moraré,
moraré en paz y silencio;
mi dulce nido de amor
abrigará el noble cedro.

Mas el Amor hácia sí
llamarme quiso muy lejos;
y era su voz tan suave,
y era tan fuerte su imperio,
que mi nido abandoné,
dejé mi cítara al viento,
y fuí trepando anhelante
por los breñales del yermo.
—¿A dó me llamas, Amor?
Tus huellas doquier las veo..

Seguir tu voz no consigo,
que vaga errante en los ecos.—
Pasé por verdes florestas,
subí por áridos cerros,
y por torrentes y rocas
crucé sin fijo sendero.
Al fin delante de mí
se eleva el peñón supremo,
sublime mole esculpida
al rudo golpe del trueno.

Las alas del corazón
tienen muy corto su vuelo:
la mente sabe volar,
mas no levanta mi peso....
¡Oh Tú que llamarme quieres,
levántame, que no puedo;
y arrebatame tu amor
sobre su carro de fuego!



EPITAFIO

VIVIÓ... Lo noble de su obscura vida
no advirtieron del mundo las miradas;
y han borrado su nombre las pisadas
de la turba vulgar, que pronto olvida.

Sufrió... y en su conciencia recogida
las silenciosas lágrimas filtradas
labraron, al caer purificadas,
tesoros de bellezas sin medida.

Así en profunda cavidad ignota
van formando las aguas, gota á gota,
de maravillas un tesoro ingente;

y aunque allí no penetre el ojo humano,
tanta belleza no se forma en vano:
¡templo es su soledad de Dios viviente!



EN LA PLAZA DE LA CONCORDIA

PÁRA y medita al admirar, viajero!
Contempla el regio alcázar destrozado, (1)
erguido el templo de la ley á un lado (2)
y en frente el sacro pórtico severo; (3)

allá, brumoso en el confín postrero,
el arco de la Estrella agigantado, (4)
y la cúpula allí, yelmo dorado
que cubre el polvo del postrer guerrero. (5)

Bronces en torno y mármoles... Su gloria
aquí la nueva sociedad ostenta
sobre lava de sangre establecida...

Y en medio, por testigo de la historia,
rígido surge el obelisco, y cuenta (6)
portentos de grandeza fenecida.



NOTAS

(1) Las Tullerías cuyos paredones, calcinados por el incendio de la *Commune*, todavía se elevaban ruinosos en 1878.

(2) El palacio del cuerpo Legislativo que da enfrente de la plaza, al otro lado del Sena.

(3) La fachada de la Magdalena, que asoma en el fondo de la *Rue Royale*.

(4) El arco triunfal de Napoleón I, en el fondo de la avenida de los Campos Eliseos.

(5) La cúpula de los Inválidos, dorada exteriormente, que cobija el sepulcro de Napoleón I.

(6) El obelisco de Lucor, obra de la primitiva civilización egipcia, ocupa el centro de la plaza en donde se levantó la guillotina de Luis XVI.

RECOGIMIENTO

—LEJOS, lejos, tras yertas montañas
que nunca ha turbado gentío en tropel,
del desierto en las puras entrañas,
sonríe á los cielos ignoto vergel.

Allí brota el raudal de la vida
y el lirio florece de intacto candor.
Voz de oráculo allí comprendida
modulan los bosques en sacro rumor.

Allí hay lagos de linfa tan pura,
que en ella á mirarse los ángeles van:
el que guste su limpia dulzura
de mieles mundanas no siente el afán.—

—¡Oh paloma! tuviese tus alas,
y, lejos volando, posárame allí..!»

—¡Alma! sigue el gemido que exhalas,
y vuela muy lejos, muy dentro de tí.»



AL PIE DE UN RETRATO

QUE UNA JOVEN, AL ENTRAR EN EL CLAUSTRO,
MANDÓ Á SU NOBLE FAMILIA

PASÉ por los valles de efímeras flores
do van los humanos de dichas en pos;
mas, lejos, sin lucha, busqué mis amores,
cual busca la alondra los claros fulgores,
la abeja su néctar y el justo á su Dios....
¡Oh valles, adiós!

Al áspero monte mi Amado me invita.
—*Esposa, me dice, vivamos los dos.*—
Y, presa en su casta ternura infinita,
ya todo lo olvido... Mas no, que aun palpita
mi sien con un beso que place á mi Dios:
¡oh madre, tu adiós!

Con él me acompañan al claustro lejano,
¡oh dulces hermanas! recuerdos de vos.
Ahora cual siempre, bendígote, hermano:
conserva esta imagen, y mira en su mano
la mística rosa que ofrezco á mi Dios...
¡Hermanos, adiós!

.

Es rosa fragante la flor de la vida,
de blanda corola, de vivo color;
bañada en rocío, por auras mecida,
su dulce belleza la mano convida...
Cogedla, y decidme: ¿qué fué de la flor?

Mas hay en la tierra vergeles del cielo
do el ángel se posa con alas de luz.
Aquí se hace eterna la flor de este suelo:
y aquí trasplantada, depuse en mi anhelo
la flor de mis días al pie de la cruz.



INSCRIPCIÓN

PARA UNA IMAGEN DEL CORAZÓN DE JESÚS,
EN CUYO PEDESTAL QUISO UNA NOBLE DAMA
SUSPENDER LA CORONA DE AZAHAR,
LA CABELLERA Y EL VELO DE SU HIJA RELIGIOSA

GUIRNALDA en flor virginal,
negros bucles, velo santo,
que regó con vivo llanto
la ternura maternal,

prendas carísimas son
de siempre dulce memoria
y trofeos de victoria
del Divino Corazón.

Son prendas que el noble hogar
más que sus timbres ostenta,
y á Dios aquí las presenta
como ofrendas en su altar.

Dicen, en muda oblación,
de una madre el sacrificio...
Acéptale tú propicio
¡oh Divino Corazón!



ESPERANZA

«ERES grande, Babel maravillosa,
reina de toda gente;
mas una grave maldición reposa
como nube fatal sobre tu frente.»

«Sometiste la tierra, mas del cielo
impía renegaste;
alas diste á tus carros en el suelo,
y al corazón sus alas arrancaste.»

«Domas el rayo, mides las estrellas,
perforas las montañas,
unes los mares, nueva luz destellas;
mas podre y caos en tu vida entrañas.»

«Todo fuego sagrado has extinguido
en el inmundo lodo,
y en tu seno procaz has concebido
el arte vil de demolerlo todo.»

«Las que el pasado alzó sumas grandezas
ya son ceniza vana;
y la escoria que hacinan tus riquezas
obstruye el cauce de la dicha humana.»

«¿Qué es de tu juventud?—El noble brío
gastando de la vida,
fluye en el seno del amargo hastío,
como fluye en el mar fuente perdida.»

«¿Dónde la fe, el amor, el entusiasmo?
— Con epicúrea calma
riendo, ahoga el cínico sarcasmo
todo puro ideal, alma del alma.»

«Ya en pútrido fermento las naciones
se agitan y disuelven...
Ya están libres de Dios, y las pasiones,
brutales diosas, á las aras vuelven.»

«De la Musa el acento soberano
se escucha en lontananza...
*Es ¡ay! el himno del dolor humano
y el sempiterno adiós á la esperanza.»* (*)

Así en el templo solitario un día
clamé con desaliento,
al ver las obras de Babel impía,
al ver la lobreguez del firmamento.

Mas vi en las nubes asomar entonces
el iris de alianza;
y al eco fiel de los augustos bronce
el canto percibí de la esperanza.

— «Hijo de la flaqueza, ¿por qué inclinas
la frente mustia al suelo?
¿Ignoras quién es Dios? Es que imaginas
con tu cayado sostener el cielo?»

«¡Hombre de poca fe, lucha y espera!
La fe es tranquila y fuerte:
sencilla como el niño, resistiera
del mundo todo la ruína y muerte.»

«No desmaya, si espléndido pasado
vacila y se derrumba,
la que fía en su Dios, la que ha plantado
su laurel inmortal sobre la tumba.»

«Coronada la sien de castos lirios,
con paso indiferente
ella avanza, entre pompas ó martirios,
alta á los cielos la mirada ardiente.»

«¡Esperad, esperad!... Surge la aurora
de entre las nieblas frías...
El afán que los pueblos hoy devora
es ya preludio de los nuevos días.»

«Los días de tormentas y de abismos
son días de Dios fuerte,
que al golpe de los graves cataclismos
hace brotar la vida de la muerte.»

«¡Oh soberano Espíritu, que un día,
con hálito fecundo,
sobre el podrido mundo que moría
soplaste vida, y renovóse el mundo!»

«¡Tú que en el sueño de Ezequiel bajaste
sobre el osario ingente,
y de los huesos áridos alzaste
muchedumbre de ejército viviente!»

«¡Oh! ven: restaura, vigoriza, crea;
derrámate en las almas,
difunde caridad y fe en la idea,
agita de tus mártires las palmas.»

«¡Oh! ven: turbión para abatir violento
la torre del orgullo;
para toda virtud benigno viento
que besa y abre el germinal capullo.»

«¡Oh! ven; y sé del mundo á la impureza
incorruptible aroma...
¡Espíritu de amor y fortaleza,
tiende el vnelo de águila y paloma!



NOTA

(*) Los dos versos aquí señalados son de Tassara.

IRIS

Si en el sombrío nublado
iris bello descubriste,
es que allí se han penetrado
fulgores de sol dorado
con gotas de lluvia triste.

Así en la atmósfera oscura
que cubre el alma en el suelo,
la poesía alta y pura,
iris de vaga hermosura,
tiende su mágico velo.

Como el iris producida,
luce tan sólo al mortal
si junta un alma escogida
con lágrimas de la vida
la alta luz del ideal.



VIRGINAL

HAY una flor, alba y pura
más que el ampo de la nieve,
do el ángel delicias bebe
en el valle de amargura.

Es cáliz consagrador,
joyel de la sacra Esposa,
casto nido en que reposa
el Espíritu de amor.

Es signo que al *malo* aterra,
germen de nobles anhelos.
¡Flor es propia de los cielos,
y se nutre de la tierra!

Su perfume, rico Oriente,
con tus aromas no igualas:
en él perfuma sus alas
el querube refulgente.

Flor tan pura y peregrina
no la diera el Paraíso:
terreno le fué preciso
regado en sangre divina.

Quien la plantara en el suelo
fué la Virgen toda bella...
Dios mismo vistióse de ella,
y reina la aclama el cielo.

Á quien tal flor escogía
Jesús le llama su amado,
y, en su pecho reclinado,
su corazón le confía.

Los que esta flor guarden pura
en pos del Cordero irán,
y ellos solos cantarán
el himno de más dulzura.

Del gran torrente sagrado
gustarán fuente escogida
y del árbol de la vida
el fruto más delicado.

.

Alma fúlgida de aurora,
con el candor de la infancia,
¿aspiras tú la fragancia
de esa flor encantadora?

Dios la puede en ti querer...
Guárdala, pues, y medita
que si un soplo la marchita
ya no vuelve á florecer.



ESPAÑA Y SANTA TERESA (*)

UN pueblo fué de corazón profundo
y de fe que moviera las montañas:
cuando su vida desbordó en hazañas,
á su grandeza fué pequeño el mundo.

La media luna del Corán inmundo
rota hundió de la Libia en las entrañas;
ciñó el orbe, y por ínsulas extrañas
plantó de Cristo el lábaro fecundo.

Y al buscar en sus pléyades de gloria
su estrella tutelar el pueblo hispano,
do viese el alma de su genio impresa,

símbolo excelso de tan grande historia
y emblema de la patria soberano
halló en ti ¡oh magnánima Teresa!



NOTA

(*) Sabido es que Sta. Teresa fué proclamada compatriota de España.

FLOR DE ALMENDRO

AMPO de nieve con matiz de aurora,
como preludio audaz de primavera,
luce el almendro en flor, cuando aun impera
del cano invierno la vejez traidora.

¡Cómo realza el manto, que decora
de esperanza feliz la sementera,
tan virginal blancura, que do quiera
sobre estos campos se prodiga ahora!

Brota ya, flor del alma ¡oh poesía!
y ante el rigor de pensamiento helado,
di que fruto sin flor nunca se cría.

Di que Dios, más que el fruto, ha prodigado
las flores; di que torpe economía
no es la espléndida ley de lo creado.



EN LOS TERREMOTOS

DE ANDALUCÍA

¡Dios adorable en tu rigor, clemencia!
¡Heridos y dolientes, alentad!
Babel, Babel impía, penitencia!
¡Hermanos, caridad!

1885



INSOMNIO,

OYENDO EL MAR Á LO LEJOS

Es la hora benéfica, que oprime
con suma paz el fatigado anhelo.
Flota la noche extática en el cielo,
calla la tierra en estupor sublime

Todo reposa al fin... ¡Ay! alma, dime:
¿por qué te agitas en febril desvelo?
Insomne gimes en la paz del suelo,
como ese mar que vagamente gime.

Dame al menos un cántico vibrante
con que al seguro de la paz lejano
la aspiración altísima levante...

Mas no; caiga la lira de mi mano:
sólo el clamor del piélago gigante
dice del alma el inefable arcano.



EN LAS CASCADAS DEL ANIO

SALTAN rugiendo al asombrado abismo
férvidas linfas de nevada espuma:
Náyades, locas de furor sagrado,
lloran y ríen.

Mezclan lamentos, estertor y trinos,
claros fulgores y profundas sombras:
únese el genio del horror sublime
con la belleza.

Virgenes ondas, que al caer desmayan,
rasgan su velo en las agudas rocas...
Cándidos flotan por el hondo valle
velos de bruma.

Treme la fronda del barranco; el ave
gira azorada en indeciso vuelo.
Sobre las fauces de los roncros antros
ciérnese el iris.

Alta en la cima del airoso risco (1)
surge vetusta la gentil rotonda,
templo que Tibur elevó á la austera
virgen Sibila.

¡Oh! bien el templo de la antigua vate
surge en el borde del sonante abismo,
donde es el Anio montaraz, del estro
símbolo y norma.

Tal la potente inspiración desata
férvido y puro su raudal sonoro.
Flores y abismos, iris y tinieblas,
todo lo anima.

Tal en imagen de febril cascada,
Píndaro sacro, figuró tu numen
el que templaba su facunda lira
cabe estas ondas. (2)

Cabe estas ondas aprendía Horacio
ímpetu, gracia, rapidez, frescura
y el que nos place en su vivaz estrofa
lírico salto.

Élegos dulces moduló Tibulo
de estos remansos al murmullo flébil,
y entre los vates tuvo aquí Mecenas
ocios de Olimpo.

(3)

.....

Musa cautiva en las severas aulas,
rompe tus lazos: de tu noble vida
siento el latido; palpitar ya siento
rítmicas alas.

Álzate ¡oh Musa! De romero humilde
grata suspende una corona al noble
pórtico, y graba en el vetusto mármol,
graba tan sólo:

«Muerto á la gloria, joven, un poeta
sobre estas aguas recobró á su Musa.
Estro difunden estas ondas... ¡Salve,
clásica Tíbur!»

Tívoli, 1886



NOTAS

(1) El templo de la Sibila Tiburtina, anterior á la fundación de Roma, domina aún con la ruinosa columnata de su pórtico circular el barranco en donde se precipitan las cascadas que forma el río Anio ó *Teverone*, al bajar de los montes Sabinos para juntarse al Tíber en la llanura del Lacio.

(2) Horacio, que frecuentaba estos parajes muy próximos á su *villa*, compara el numen poético de Píndaro á un río que se precipita impetuoso desde una montaña:

*Monte decurrens velut amnis, imbres
Quem super ripas aluere notas,
Fervet, immensusque ruit profundo
Pindarus ore.*

(Horat. Carm. Lib. IV, od. II.)

(3) Mecenas, el privado de César Augusto, insigne protector de los poetas y literatos de su tiempo, tuvo en la misma ciudad de *Tibur* la espléndida quinta cuyos vestigios se observan aún en lo alto del peñón de donde fluyen las cascadas menores.

EN EL ANFITEATRO DE ROMA

(SOBRE UN CONTRASTE DE VICTOR HUGO)

«¡OH qué fiesta sin fin!... Pueblo beodo,
hártate ya de sangre y Coliseo.
La sangre fluye, y sin placer la veo
cubrir la arena de purpúreo lodo.»

«¡Quiero gozar, gozar!.. Mas no hallo modo,
y nada enfrena mi menor deseo....
Si no maldigo á un Dios, es que no creo:
¡todo lo tengo, y lo maldigo todo!»—

Así el patricio Léntulo suspira,
harto de hastío, de placer sediento,
dicha y virtud juzgando por mentira.

Hacia la arena distraído mira
mientras un mártir en atroz tormento,
bendiciendo al Señor, feliz espira.



RUINAS (1)

¡CÓMO atraen los pasos errabundos
del que medita solitario, y siente
la augusta majestad de lo caído,
estos escombros de grandeza enorme,
solares del recuerdo y de la nada!
Silencio, soledad... Mi paso apenas
osa los ecos percutir. La frente
se inclina bajo el velo de esta sombra
densa de pensamientos. Como abruptos
altos escollos que en el mar acusan
un continente hundido, estas ruínas
del subsuelo profundo se levantan.
Prodigios fueron en que el arte humano
su poder ostentó sobre natura,
portentos que la gran naturaleza,
vencedora á su vez, con rudo escoplo,
á guisa de sus montes ha labrado.

Crece en la cima de fragosos riscos
la maleza salvaje; rotos muros
orna la yedra, y la fecunda zarza
pende á festones sobre el arco abierto.
Tras él dilatan bóvedas oscuras
su pavorosa cavidad, caverna
do va á dormir el tiempo fatigado.
Allá, encharcadas en el rico fondo
de mosaico, verdean y reposan
las aguas... del olvido. Por la altura
vagan y giran con graznido flébil
negras bandadas de siniestras aves,
enlutando la luz: tal vez parecen
mensajeras de fúnebres suspiros
lanzados desde el reino de las sombras.

Moradas del placer, sumos palacios,
que dominaban sometido el mundo,
de sus bronces y mármoles no guardan
ya ni los restos: el ladrillo humilde
que era oculto sostén de tanta pompa
ya sólo dura á demostrar que fueron.
Claros prodigios del cincel, beldades,
atletas, grandes hombres, muertos dioses,
en las entrañas de la madre tierra
halla el rudo azadón. Profunda fosa
demandaron al suelo en su caída
esos cuerpos de mármol, formas yertas

de un ideal que se extinguió: ¡tan grave
es el anhelo por la tierra oscura,
ese pudor sagrado de la muerte!

Como en vasto aluvión creció la tierra
sobre las calles y soberbios foros
de la inmensa metrópoli, crecieron
al aire y á la luz nuevas moradas....
Ya raros surgen en abiertas vías
triunfales arcos, plintos y columnas
que la avidez abandonó á los siglos.
Duro mármol y aun pórvido más duro
muestran gastadas sus robustas moles,
como peñascos que las olas baten
Es que baten sin tregua estos escollos,
restos de un mundo para siempre hundido,
las olas de otro mar, mar invisible
que es á la vez océano y torrente.
Naufraga en él toda grandeza humana;
la gloria va flotando, vaga bruma
que los vientos extienden ó disipan. ..

Y flota aquí la fama ¿De qué siglo
sobre el curso fugaz no se refleja
la sombra enorme de la antigua Roma?
Su majestad, su fuerza y poderío,
sus virtudes y crímenes y genios
medita el mundo. Por doquier aun vaga

la voz de mando de sus altas leyes,
la pompa magistral de su elocuencia
y de sus vates el augusto canto.

Ciudad de los destinos, tus ruínas,
más que fúnebres aras á los manes
de pasadas grandezas, son testigos
de tu suerte inmortal. Eje del mundo
eres y núcleo de la historia humana,
que en torno á tus colinas por dos veces
has formado del orbe un pueblo solo.
Este sol perennal, que entre celajes
de ocaso apocalíptico declina,
con ósculo de luz, largo y tranquilo,
besa tu noble faz, perenne Roma,
reina con él á compartir llamada
el dilatado imperio de los días.
Bello es verle dorar estos colosos,
que al crecer de las sombras se agigantan,
y más grande que todos, á lo lejos,
la sacra mole que la Cruz corona, (2)
mientras asciende á las calladas cumbres
el confuso rumor de los vivientes.

Roma, 1887.



NOTAS

(1) Gran parte del área comprendida en los muros de Roma (que son todavía los de Aureliano) está ocupada por grandiosas ruínas. En las del Palatino y de las Termas de Caracalla está principalmente concebida esta composición.

(2) La cúpula de S. Pedro en la Basílica Vaticana.

MIGUEL ÁNGEL



MIRADLE adusto, pálido el semblante,
torva la frente de vigor toscano,
con su cincel de cíclope en la mano,
honda en el alma la visión de Dante.

Artista de la forma palpitante
y del profundo corazón cristiano,
arrastra por la vida el soberano
dolor de todo espíritu gigante.

Su norma es la unidad grandiosa y fuerte:
es el genio latino que, humanado,
reina en las artes, las sojuzga y doma.

Es el que, digno de tan alta suerte,
con la cúpula excelsa ha coronado
tu frente colosal ¡oh madre Roma!



Á RAFAEL

F LOR de los genios, al naciente día
y al beso de las Gracias delicado,
abriste el cáliz germinal, bañado
de eterna juventud en la ambrosía.

Músico del diseño, la armonía
en ritmo de contornos has fijado.
Tú al fin rompiste el talismán sellado
de la helénica forma que dormía.

Vate revelador de la hermosura,
ya en el celaje de la fe divino,
ya en los fértiles campos de natura,

hallarla siempre amable es tu destino.
¡Si esposo tiene la Belleza pura,
eres su esposo, Rafael de Urbino!



EN LA CELDA DEL TASSO

DOLOR, acerba savia nutridora
de todo lauro que en la tierra crece,
de afecto que jamás se desvanece
 mirra embalsamadora,
unción real del hombre, que aparece
del orbe decaído soberano:

 dolor, en este mundo
nada hay sin ti sagrado ni fecundo,
nada sin ti profundamente humano.

¿Qué fuera sin dolor la poesía? —
Vergel sin aguas, monte sin abismos.

 Luctuosos cataclismos
abren los senos del más hondo encanto
que absorben corazón y fantasía.
Cánticos de entrañable melodía
 nacieron del quebranto;
y aun el himno triunfal es más sublime
 si entre sus notas gime
un eco grave de profundo llanto.

¡Triste y noble verdad! en el ambiente
de esta gloriosa estancia
¿quién logra meditar y no te siente?
Aquí el poeta mísero, doliente,
al terminar sus azarosos días
puerto logrando de segura calma,
tras lentas agonías,
en ósculo de paz depuso el alma.

Alma grande y tiernísima... ¡Cuán bellos
debían ser los últimos destellos
que daba al trasponer nuestro horizonte,
cuando, con lento paso,
aun vagaba el poeta por el monte
do muere el sol de Roma en el ocaso! (1)
Aun dura el viejo tronco venerable
donde sentarse á meditar solía,
mientras allá á sus plantas descubría
la Ciudad, grave reina de la historia,
que á coronar su gloria
guirnalda preparábale tardía. (2)

Como celajes vagos, que á la tarde
recuerdos son de la pasada aurora,
de la vida pasada los reflejos
flotarían, perdiéndose á lo lejos,
entorno de su frente soñadora.

Florestas de Sorrento perfumadas, (3)

donde arrulló su cuna

el armonioso mar de las Sirenas,
caricias de una madre allí gozadas

como la dicha del hogar serenas,
coloquios con las ondas y la luna,

rayos de inspiración, altos anhelos
de juvenil delirio,

engendros de su musa prodigiosa...

y allá en el fondo, todavía hermosa,

la reina de su amor y su martirio: (4)

todo, todo pasaba

en esa luz de sin igual misterio

que difundè el adiós de quien se aleja.

¡Hasta el mismo país del cautiverio

parece sonreír al que le deja!

Negras, también como al caer la tarde,

sombras aparecían:

la envidia allí, la traición cobarde

y el desprecio cruel se descubrían.

Mas ya rostros humanos no tenían

ante la noble víctima creyente,

ni conservaban nombres.

Sólo guardaba el ánimo doliente

perdón para los hombres. (5)

Y en el campo férax de su existencia
 surgían nuevas sombras:
 las manchas que no oculta la conciencia.
 Si: del poeta el corazón fecundo
 fuera volcán de ardiente desvarío,
 de pasión desbordante sobre el mundo;
 y el cráter aun profundo
 mostrábase sombrío.

Mas era todo paz: el pensamiento
 no abrasaban, ya frías, las escorias,
 ni el dardo del atroz remordimiento
 forjaban ya las extinguidas fraguas.... (6)

Sólo un afecto expiatorio y grave
 en el fondo quedaba, cual süave
 sombra cubierta por azules aguas.
 Las aguas del perdón... Así, en el monte
 que del Lacio domina el horizonte,
 dilátase hondo seno,
 cráter un dia de terrible estrago,
 que, de un agua tranquila ahora lleno
 copia las nubes, apacible lago: (7)
 duerme al abrigo del collado ameno
 ceñido de arboleda
 y del prístino horror más no le queda
 que lo profundo del cristal sereno.

.

Tal la fe á su cantor ennoblecía.

Ella vislumbres del eterno día
mostrábale á través del albo velo,
abríale en el ara solitaria

tesoros de consuelo

y en la alta aspiración de la plegaria
le prevenía á su más alto vuelo.

Así el alma doliente y redimida
vió á lentos pasos avanzar la muerte,
la muerte no invocada ni temida;

y en aquel mes de renaciente vida, (8)

cuando hasta los abrojos

sonríen coronándose de flores,

aquel sér tan ceñido de dolores

cruzó las manos al cerrar los ojos,

besando fiel la cruz de sus mayores. (9)

.

¡Oh vate sin ventura!

bien ese lauro te ciñó la muerte. (10)

¿En qué inmortal figura

de poeta el carácter y la suerte

mejor que en ti representó natura? .

Podrá la edad remota,

de tu épica trompa desdeñando

la acompasada nota,

la vida preferir que nunca agota
libre la musa del cantor de Orlando. (11)

Mas tipo del poeta
serás tú siempre, del que trajo al mundo
sobrado tierno el corazón profundo
sobrado audaz la fantasía inquieta.

Vaga á solas errante peregrino;
y si al fulgor divino
del buscado ideal remonta el vuelo,
¡ay! de la vida en el vulgar camino
cae siempre y lastímase en el suelo.

¡Oh Tasso! así viviste;
y, de ese agosto, lamentable sino
estrella sin ocaso,
tu noble imagen laureada y triste
saludarán los siglos á su paso.

¡Ah! mientras vea el hombre
cifrados en tu nombre
infortunios y amor y poesía,
nunca veráse el día
que tributo no rinda á tu memoria,
y más süave brillará tu gloria
bañándose en eterna simpatía.

Roma, 1887.



NOTAS

(1) El Janículo, colina occidental y la más elevada de las que incluye el recinto de Roma. Sobre esta oblonga prominencia, hacia la parte del Vaticano, se levanta el humilde monasterio de S. Onofre, postrer asilo de Torcuato Tasso. Allí el poeta, consumido por la tisis, halló cariñosa hospitalidad entre los monjes de S. Jerónimo.

(2) En el que fué jardín del monasterio, junto á las gradas en donde S. Felipe Neri reunía á sus discípulos, se ve todavía el añoso roble llamado *la quercia del Tasso*. Al pie de aquel árbol, conservado ahora con toda solicitud, se goza el magnífico panorama de la Ciudad eterna, al que alude el final de la estrofa.—Tardío fué el laurel que Roma destinaba á la coronación del Tasso en el Capitolio: aquella corona, decretada por el Pontífice Clemente VIII, sólo llegó á ceñir la frente del poeta en la solemne pompa de sus funerales.

(3) Torcuato Tasso había nacido en Sorrento, sobre el golfo de Nápoles, en 1544.

(4) Alúdese á Leonor de Este, de quien se enamoró el Tasso, viviendo en la corte de Ferrara, como protegido del duque Alfonso hermano de aquella princesa. Descubierta por un émulo y acusado al duque el amor que el poeta nunca había declarado á la misma que se lo inspiraba, dió origen á la serie larguísima de infortunios en que el Tasso pasó por loco y, después de andar errante por toda Italia, acabó por ser encerrado como demente en el hospicio de Ferrara. Allí permaneció siete años recluso el poeta, á pesar de las reclamaciones del Pontífice y de varios príncipes italianos, y allí compuso sus diálogos filosóficos y muchísimos versos, que demuestran la lucidez de su mente en aquellas circunstancias.

(5) Aun en lo más recio de sus luchas mostró el Tasso corazón noblemente generoso para con sus enemigos. Al ofrecérsele ocasión para vengarse de uno de ellos, respondió el poeta: «No

quiero quitarle ni los bienes, ni la vida, ni el honor; solo una cosa desearía quitarle: su mala voluntad.»—Tuvo Torcuato émulos y enemigos, no solo en la corte, sino entre los literatos independientes. La Academia florentina de la *Crusca* impugnó con violencia la *Jerusalén libertada*, cuya primera edición había salido sin las correcciones de última mano, contra la voluntad del autor.

(6) No faltaban al Tasso humanas flaquezas que lamentar, resabios principalmente de las costumbres dominantes en la Italia del renacimiento. Hasta había incurrido en arrebatos sólo excusables por lo sobreexcitado de su fantasía. Llegó su exaltación á no dejarle un punto de reposo. Después de conseguida la libertad, trasladábase el glorioso desdichado de una población á otra, sin que lograsen fijarle en ninguna ni las finezas de la amistad, ni la munificencia de los príncipes.

(7) El lago de Nemi, ó el de Castalgandolfo, cráteres de volcanes extinguidos en los montes Albanos, junto á Roma.

(8) Murió el Tasso á la edad de 51 años, el 23 de Abril de 1595.

(9) Se ve todavía en la celda del Tasso, entre los muebles y utensilios de su uso, el crucifijo que besó agonizante. Era la última prenda que él conservaba de familia.

(10) El busto en cera, hecho sobre la máscara fúnebre del Tasso, coronado de laurel, ocupa el centro de la histórica celda.

(11) El Ariosto.

ORILLAS DEL TÍBER

Por estériles campos, que domina
de lo que fué la majestad doliente,
arrastra el viejo Tíber su corriente
que al ocaso y al mar curva declina.

Fulvo tiene el color de piel felina,
ora se lance en ímpetu rugiente,
encrespada la crin, ora indolente
calle lamiendo secular ruína. (*)

Nunca sonríen esas turbias olas;
mas se hacen contemplar, y con encanto
flota la mente en su tristeza arcana.....

Es, viejo Tíber, que al mirarte á solas
veo el curso febril de sangre y llanto,
¡el torvo río de la historia humana!



NOTA

(*) Sabido es que las aguas del Tíber presentan siempre el color rojizo claro, por el cual ya Horacio llamó á este río *fulvus Tiber*.

ORILLAS DEL ARNO

VENA mayor de la gentil Toscana
fluye el raudal del Arno cristalino,
fluye del corazón del Apenino;
mas es su linfa del Cefiso hermana. (*)

De oliva, vid y mármoles se ufana
la etrusca tierra que le da camino,
y es el Ática nueva, en el divino
fruto del arte y de la ciencia humana.

¡Oh cuánto augusto pensador errante
se embriagó de ideal en estas ondas
consagradas por tí, paterno Dante!

Este es otro Eunoé, donde anhelante (**)
bebe el genio y, laurel en nuevas frondas,
ve su cultura renacer pujante.



NOTAS

(*) El Cefiso es uno de los riachuelos que riegan la genial comarca de Atenas.

(**) *Eunoé* denomina el Dante á un río imaginario, vigorizador de la mente, en cuyas aguas el poeta recobra la inspiración.

*Io ritornai dalla santissim' onda
rifatto sì, come piante novelle,
rinnovellate di novella fronda.*

(Purg. Cant. XXXIII, v. 142.)

ANTE EL MOISÉS DE MIGUEL ÁNGEL

SENTADO en su profético reposo,
cautiva este coloso,
al par que la mirada, el pensamiento.
Forma sin moldes, imposible, extraña,
en esa roca entraña
el genio del Antiguo Testamento.

Vive en el mármol el sublime anciano
que reveló el arcano
de los primeros gérmenes que fueron.
Sin mengua á su vigor aun floreciente,
los años solamente
su veneranda majestad le dieron.

Hirsuta y crespa la cerviz erguida,
aun como que despida
de los cedros perennes el efluvio;
y la barba larguísima, ondulante,
desciende semejante
á las cascadas que formó el diluvio.

Esta es la frente que conoce el rayo,
la faz que sin desmayo
ver pudo á Dios en la nimbosa cumbre,
que en el turbión horrisono le hablaba,
mientras, lejos, temblaba
de sagrado terror la muchedumbre.

Guarda su ceño formidable y santo
la huella de un espanto
que en lengua de mortal no tiene nombre;
y á sus rasgos imprime más nobleza
la singular tristeza
del que es titán y todavía es hombre.

¡Ah! esta es obra del Titán del arte,
que, en una esfera aparte,
sólo de lo sublime enamorado
y de sus maravillas descontento,
tenía por tormento
su terrible ideal nunca expresado.

Si: del Titán artista este coloso
es el verbo grandioso.
Miguel Ángel en él plasmó su mente;
por esto en él tan sólo complacido,
al verle ya esculpido,
«¡Habla!» le dijo, y golpeó su frente. (2)

Roma, 1888



NOTAS

(1) Conocida es la frase de Miguel Ángel: *Non posso tradurre il terribile mio pensiero.*

(2) Es positivo que el soberano artista, al ver terminado su Moisés, le dió un martillazo diciendo: *¡Parla!*—V. Vasari: *Vita di Michelangelo.*

EN LAS CATACUMBAS DE ROMA ⁽¹⁾

¡SALVE, callada y fúnebre
ciudad del Dios viviente,
inextricable dédalo,
cuyo opresor ambiente
de tumba, da al espíritu
auras de vida y luz!
¿Qué templo de oro y mármoles
tan sacro afecto imprime
como tus ciegos ámbitos,
que en tósquedad sublime
narran aún los ínclitos
trofeos de la Cruz?

Mirad: de abiertos lóculos
se cruzan galerías
sin cuento, y otras ábrense
más hondas y sombrías,
y otras aún... Ni límite
ni vida aquí se ve.

Cavando el *Fossor* místico (2)
trazó ese plan profundo:
son minas del espíritu
que han derribado un mundo;
son las raíces húmedas
del árbol de la fe!

Aquí al bajar los mártires
tras el combate cruento
dormían, como héroes
de vuelta al campamento,
hasta que trompa bélica
los llame al nuevo albor.
Sólo una palma, un título,
por signo de victoria,
ó breve alguna súplica
decían la alta gloria
de luchas que á los ángeles
causaran estupor!

Aquí en augustos símbolos
el arte, ya cristiano,
de pensamiento altísimo
nació y de tosca mano.
Sobre estos muros lóbregos
sus rasgos contemplad.—
Las manos abre en éxtasis (3)
la austera, blanca *Orante*;
el *Buen Pastor* alégrese,
que halló la oveja errante;
reparte el *Pan* múltiplice
festín de caridad....

Lanza á Jonás incólume
el monstruo en firme orilla;
resurge el muerto Lázaro;
y libre la avecilla
vuela al paradisíaco
ramo de olivo en flor.....
Do quiera emblemas fúlgidos
de un infinito anhelo,
entre terror y lágrimas
arcanos de consuelo,
ungidos en el bálsamo
del Verbo Redentor!

Al pie de estas imágenes,
oculto á los profanos,
el rito sacratísimo
unía á los hermanos
en Cristo Dios, partícipes
del Cáliz y del Pan.

(4)

Aroma y pías lámparas
gozaba el aire inerte,
henchíase de cánticos
el reino de la muerte,
ó en él voz apostólica
se oía con afán.

Así de tantas víctimas
en el sepulcro mismo,
atletas educábanse
de nuevo al heroísmo;
crecía el pueblo innúmero
de un solo corazón.

Aquí los catecúmenos
lograban su alma fuente,
su velo aquí las vírgenes,
y el triste penitente
hallaba en penas ásperas
dulzuras de perdón.

(5)

Quizá á deshora el huérfano,
la viuda solitaria,
junto á reciente túmulo,
dejaban su plegaria
en fresco ramo ó trémula
lucerna sepulcral.
Susurro cual de espíritus
la gran quietud tenía;
un estro apocalíptico
vibraba en torno.. Hervía
la sangre de los mártires
en urnas de cristal!

¡Y en tanto estremecíanse
los huesos, de esperanza!
Tal bajo glebas húmedas
el grano que se lanza,
palpita deshaciéndose,
su fruto al presentir....
El asperón volcánico
la muerte aquí profunda
sembraba, y la necrópolis
sentíase fecunda
con los sagrados gérmenes
de inmenso porvenir.

¡Oh! cuando aquellos Césares
de omnipotente solio,
en pompas augustísimas
subiendo al Capitolio,
uncían reyes bárbaros
al carro triunfador;
y el *salio* cantar prístino
decía el hado eterno
de la Ciudad de Rómulo,
y universal gobierno
le prometía el áuspice
con ojo escrutador;

¿quién ya la herencia altísima
buscara del imperio
en estos antros fúnebres,
do en sangre y vituperio
ahogada al fin creíase
la *insania* de la Cruz?
Mas ya en sublime vértigo
giraba aquí el destino;
y á la imperial catástrofe
del gran poder latino
adelantóse el lábaro
de Cristo en plena luz.

Y entonces, de sus númenes
desierta ya la altura,
vió Roma sacras pléyadas
de tanta sepultura
surgir... Miró sus víctimas
al mundo sojuzgar.
Vió coros de Pontífices,
ancianos y matronas,
varones y albas vírgenes,
con palmas y coronas,
entre el incienso y cánticos
del nuevo, puro altar.

Mas ¡ah! la *Orante* mística,
de Cristo eterna esposa,
en templos ya de pórfido
y en luz esplendorosa,
su heroico asilo lúgubre,
su cuna no olvidó.

(6)

No desdeñó en su púrpura
bajar á estas moradas:
aquí guardó á sus ínclitos
las tumbas no violadas,
y en áureo metro Dámaso
sus lápidas ornó.

(7)

Y hoy mismo, tras larguísimas
edades de alto olvido,
después que este depósito
sagrado fué esparcido,
cuando ni ya una lápida
entera es dado hallar,
repiten sacros cánticos
las grutas más sombrías,
y ven, de nuevo abriéndose,
cegadas galerías
piedad y ciencia unánimes
su sombra penetrar.

(8)

Ved: la suprema Víctima
de nuevo aquí se ofrece;
de flores y de lámparas
ornado resplandece
abierto algún sarcófago,
como llamando á sí.
Es que la *Orante* présaga
los tiempos ha previsto,
y cuando el siglo apóstata
rechaza más á Cristo,
atrae ella los ánimos,
atráelos aquí..!

(9)

Lo quiere Dios. Juntémonos
en sola un alma, hermanos;
y, de la fe por símbolo,
antorchas en las manos,
cruzemos la necrópolis
en vaga procesión.

El himno de los mártires
en sus abiertas tumbas
resuene, y con el hálito
de tantas catacumbas
temple en vigor pacífico
cristiano el corazón!

Roma, Enero de 1890.



NOTAS

(1) Con el nombre de Catacumbas, propio en su origen del hipogeo de S. Sebastián en la *Via Appia*, se designan ahora genéricamente todos los subterráneos sepulcrales que los primitivos cristianos denominaban *cœmeteria* (dormitorios).—Hasta el presente se han descubierto más de treinta catacumbas distintas, situadas al rededor de Roma y á la distancia siempre de algunos kilómetros á partir de los antiguos muros Aurelianos. El más notable de estos hipogeos es el llamado de S. Calixto en la *Via Appia*, riquísimo en primitivas pinturas simbólicas. Allí estuvo la Cripta Papal en la que descansaron trece Pontífices Mártires del siglo III, al lado del *cubiculum* que ocupó Santa Cecilia.—En este subterráneo, descubierto á mediados de nuestro siglo, se hallan practicables 17 kilómetros de galerías, repartidas en tres pisos diferentes. En él está inspirada la presente composición.

(2) El cargo de *Fossor* (sepulturero) tenía algo de sagrado para los primitivos fieles. En antiguos documentos de la Iglesia Romana figuran los *fossores* entre los clérigos de orden inferior. La figura de alguno de aquellos operarios, con su azadón característico, se puede observar todavía en los vetustos frescos de las Catacumbas.

(3) Se citan algunas de las imágenes más frecuentes en las pinturas que adornaban las criptas de mayor importancia.—La Orante, símbolo de la Iglesia, es la figura de una mujer vestida de blanca túnica suelta, con el rostro velado y á veces descubierto mostrando los ojos elevados al cielo, abiertos los brazos en actitud de oración, puesta de pie y, en algunos ejemplares, sobre el lugar del suplicio.—El Buen Pastor es la representación evangélica más repetida en la primitiva iconografía cristiana. A veces se le ve bajo la forma disimulada de Orfeo domando las bestias con su lira.—Numerosos y variados son los símbolos de la Eucaristía en las Catacumbas: el festín, los

panes y peces multiplicados, la vid cargada de uvas, el maná, etc. El pez,

ΙΧΘΥΣ

en griego, representaba indirectamente á Cristo, pues las cinco letras de que se compone la citada palabra griega daban las iniciales de los cinco vocablos siguientes:

Ἰησοῦς Χριστὸς Θεοῦ Υἱὸς Σωτῆρ

(*Jesús Cristo, de-Dios hijo, Salvador*). Así el misterioso pez, clavado en un tridente, expresaba para los iniciados á Cristo en Cruz, sin exponer su imagen á la profanación de los paganos.—Jonás, devorado por el cetáceo y lanzado después desde el abismo á la firme playa, era figura del hombre devorado por la muerte y restituído después incólume desde las ondas del tiempo á la estable eternidad. La resurrección de Lázaro expresaba más directamente el mismo dogma.—Más repetida aún que las anteriores es la imagen de una avecilla, á menudo una paloma, que vuela hacia un ramo verde y florido ó que en él se posa gustando su fruto: es símbolo del alma que, rotos sus lazos, vuela al vergel del Paraíso, ó que ya descansando se sacia de felicidad. La paloma con el ramo de olivo expresa al alma pura que logra la paz eterna.

(4) Sabido es que los primitivos cristianos comulgaban con el Sacerdote al asistir á la Misa, y hasta los seglares recibían el Sacramento bajo las dos especies de pan y de vino.

(5) Alúdese á la antigua disciplina de la penitencia pública. Los públicos penitentes tenían su lugar reservado, como los catecúmenos, desde el cual podían oír las exhortaciones y plegarias, sin ver los sagrados misterios del Sacrificio.

(6) Por la *Orante* entiéndase aquí la Iglesia.

(7) El gran Pontífice español S. Dámaso puede ser llamado el poeta de las Catacumbas. Él llenó las criptas más venerables de métricas inscripciones tan piadosas como elegantes, en grandes lápidas de mármol, cuyos caracteres, dibujados por Furio Dionisio Filócalo, su Secretario, constituyen el tipo epigráfico conocido con el nombre de *Damasiano*.

(8) En nuestros días ha tomado inmenso desarrollo el estudio de las Catacumbas. Baste recordar el nombre del grande

arqueólogo De Rossi, autor de la *Roma sotterranea*, quien ha restablecido la topografía de los primitivos cementerios cristianos en la Ciudad Eterna y realizado inapreciables descubrimientos.

(9) Existe en Roma una sociedad, de reciente fundación, titulada *Collegium cultorum Martyrum*, que celebra solemnemente las fiestas de los Mártires romanos en los respectivos hipogeos donde tuvieron sus antiguos sepulcros. Nada más piadoso que una de estas sencillas solemnidades, realzadas con una homilía recitada en la Misa mayor por el celebrante, ilustradas con una conferencia de Rossi, y terminadas con una procesión por las galerías subterráneas.

ADIÓS Á ITALIA

(NAVEGANDO POR EL GOLFO DE GÉNOVA)

EN la orilla lejana va esfumándose
cual leve niebla la ciudad marmórea, (1)
y el encantado litoral Ligúrico
se pierde en vagos ópalos.

Ya en la azul vaguedad supremas cúspides (2)
vense tan sólo por la nieve cándidas,
como blancos cendales con que el último
lejano adiós prolóngase.

¡Adiós, Italia, adiós! Desde tus márgenes
ni un suspiro me sigue, ni una lágrima;
mas al dejarte los afectos íntimos
vibrar siento en el ánimo.

Huellas no dejo en tí; mas en mí déjalas
hondas tu numen, y do quier la ráfaga
me lleve del destino, allí tus pléyades
veré de gloria fúlgidas.

Por tus ciudades, peregrino incógnito,
solitario pasé. Mi oculta cítara
sólo confió sus notas al olímpico
silencio de tus mármoles.

Ante el sepulcro de Virgilio, pródiga
de luz y encantos, me hechizó Parténope; (3)
y al cráter me asomé, y vi á la víctima
Pompeya abrir su túmulo.

Contóme grave su leyenda mística
Úmbria la verde, al pie de sus acrópolis; (4)
y allá me embelesó Florencia plácida
entre olivares áticos.

Bañé en serenidad paradisiaca
el alma absorta sobre el Lario límpido; (5)
y á Milán acaté, que al llano Insúbrico
muestra sus cien pináculos.

En la docta penumbra de sus pórticos
acogióme Felsina; y la Adriática (6)
Reina oriental me reveló poéticos
arcanos en su góndola.

Ya por un lustro en su recinto clásico
Roma la grande dilató mi espíritu,
y en la suprema universal Basílica (7)
ciñóme el sacro cíngulo.

¡Adiós, Italia, adiós! Desde tus márgenes
ni un suspiro me sigue, ni una lágrima;
mas al dejarte los afectos íntimos
vibrar siento en mi ánimo.

Palenque de la historia, alta metrópoli
de la cultura y de la fe, prolífica
madre de genios, por el arte espléndida,
salud ¡oh tierra itálica!

Reina del gran destino, nunca apóstata
reniegues de la Cruz, que un día fúlgida
consagró para siempre con el lábaro
tu frente sibilitica.

Febrero, 1890.



NOTAS

- (1) Génova es llamada con harta razón la ciudad de los mármoles.
- (2) El Apenino de Liguria, que forma las accidentadas costas del Golfo de Génova.
- (3) *Parténope* es el antiguo nombre griego de Nápoles.
- (4) La Úmbria, región de las antiguas acrópolis etruscas, es también el suelo privilegiado de las *floreccillas de S. Francisco*, esas leyendas de tan encantadora sencillez y perfume tan penetrante.
- (5) *Lario* es el nombre antiguo y poético del lago de Como.
- (6) *Felsina* es el primitivo nombre itálico de Bolonia, ciudad que tiene todas sus calles guarnecidas de pórticos y es celebrada por su docta Universidad.
- (7) La Basílica de Letrán, verdadera catedral de Roma, se titula *Omnium Urbis et Orbis Ecclesiarum Mater et Caput*, según la antigua inscripción que conserva en el friso de su nueva fachada.

¡LUZ!

IMPRESIÓN DE JUNIO EN PALMA

ARDE en el cielo límpido
el sol de medio día
que enciende la amapola,
que dora las espigas.
Templando sus ardores,
vuela del mar la brisa,
moviendo levemente
las aguas que se rizan,
y en cabrilleo vívido
centelleando brillan,
más que de mil imperios
mezclada pedrería.
Cual zona de diamantes,
zafiros y amatistas,
se extiende ese reguero
de claridad magnífica,
hasta el azul celeste,
cruzando la bahía.

Es la triunfal carrera
de las velas latinas,
que con perfil de alas
por ella se deslizan.

Á los salobres aires
da esencias exquisitas
el huerto, que desborda
de la pared contigua.
Jazmines y rosales
cabe el balcón agitan
sus gráciles renuevos
de eflorescencia rica;
y aun sobre los laureles,
que en grupo allá se empinan,
cimbréase el penacho
de la palmera altiva.

Bandadas de palomas
gallardamente giran:
ya oscuras se destacan
sobre la luz vivísima,
ya blancas sobre el fondo
de vetustez rojiza
del gótico portento
que la ciudad domina.
Allá, por los pináculos
y rotas cresterías,

pululan los vencejos
y raudas golondrinas.
Y desde allí se lanzan
en vuelo sin fatiga;
y ya rozan la tierra
sus alas fugitivas,
ya las supremas gárgolas
que el vértigo esculpía.
Así en inmensa turba
se cruzan, vagan, giran
esas ardientes aves
con gárrula alegría,
gritando al sol y al viento
el triunfo de la vida.



CREPÚSCULO DE AGOSTO

DEL sofocante día cansado el horizonte,
al sol que declinaba con pompa festejó;
y aún hay velos de púrpura tendidos en el monte
por donde aquel tirano sublime se ocultó.

¡Hora süave! En calma todo otra vez respira:
las plantas se transmiten un ósculo de paz;
recógense las aves; y fresca el aura gira,
desparramando esencia de ensueños y solaz.

En tanto que á poniente se esfuma y descolora
el último celaje con blanda lentitud,
allá á levante surge como nocturna aurora,
y asoma ya la luna su roja plenitud.

La noche, penetrada de luminosos rastros,
un velo de penumbra tan sólo va á tender:
sin enlutar la tierra, va á descubrir los astros,
que el héspero radiante ya invita á parecer.

De su labor regresan cansados jornaleros,
al fin seca la frente del ímprobo sudor.
Ganado que retoza, por campos y senderos,
á los nocturnos pastos conduce ya el pastor.

Esquilas y balidos resuenan vagamente;
se pierde en las colinas el rústico cantar;
lejano suena el *Ángelus*; y flota en el ambiente
arcana melodía que el alma hace vibrar.

Cual bálsamo compuesto de llanto y ambrosía,
derrámase en la mente, ungiendo el corazón...
Y surgen los recuerdos de fiel melancolía,
y vuela al éter pálido la vaga aspiración.

.

¡Hora de amor, de anhelos, memorias y plegaria,
que en plácido deliquio envuelves tierra y mar,
cuán dulce es en la abierta campiña solitaria,
al roce de tus alas, sentir y meditar!



CREPÚSCULO DE NOVIEMBRE

ALLÁ en occidente
revuelto nublado
color ha tomado
de cobre luciente,
que luégo ha trocado
en viola y añil.
Su brillo ya apaga
siniestro el celaje,
y extiende su encaje
la niebla, que vaga,
de monte y paisaje
mudando el perfil.

Un trecho de espacio
profundo clarea;
allí centellea
sidéreo topacio,
cual rica presea
de un mundo mejor.

Así, de entre rotos
nublados de duelo,
despierta el anhelo
de bienes ignotos,
temblando en el cielo
la estrella de amor.

El norte, que avanza
con alas inciertas,
agita hojas muertas
en fúnebre danza,
las ramas desiertas
haciendo temblar.
Rumores solemnes
en tanto murmura
la negra espesura
de encinas indemnes,
do el ave procura
refugio buscar.

Eleva el torrente
su grave rugido,
corriendo acrecido
por lluvia reciente;
y suena el tañido
que pide oración.

De ausentes llorados
me embarga el recuerdo,
y en sombras me pierdo
de afectos sagrados,
¡ay! nunca arrancados
al flél corazón.

.

A solas avanzo
con triste sosiego.
Del valle ya ciego
á ver sólo alcanzo,
lejano, algún fuego
de rústico hogar.
Y sueño un seguro
de paz, no sé donde,
que lejos se esconde
callado y obscuro,
do á solas ahonde
mi interno pesar.



Á FRAY LUIS DE LEÓN

Es de antiguo marfil tu docta lira,
tal que el Vate de Ofanto la admitiera;
mas son del arpa de Salém austera
las cuerdas con que á Dios canta ó suspira.

Cuando serena celsitud te inspira,
tu plectro magistral lanza y modera
la alada estrofa, que á sublime esfera
con vuelo de paloma asciende y gira.

Poeta augusto, plácido maestro,
en vano te imitara, al admirarte,
la musa en convulsión del siglo nuestro.

¡Ah! fueron menester para formarte
la fe y la ciencia, la virtud y el estro,
fundiéndose en lo clásico del arte.



RESIGNACIÓN

Á MI HERMANA, EN LA MUERTE DE SU ESPOSO

COMO pálida reina de los sueños
vierte la luna, en plenitud hermosa,
mágica luz de hechizos y beleños
sobre este golfo donde el mar reposa.

Las aguas con reflejos y rumores
la saludan, las auras con su giro,
con el canto gentil los ruiseñores,
las almas tiernas con su fiel suspiro.

¡Ilusión!.. Esa forma nacarada,
que, signo de placer, sonríe al suelo,
de cerca por el sabio contemplada
es ¡ay! un mundo de tristeza y duelo.

Su faz, que desde lejos aparenta
fina tersura y deleitoso halago,
resquebrajada y hórrida, presenta
de múltiples volcanes el estrago.

Allí extinguidos cráteres abiertos
muestran lo sepulcral de sus entrañas,
y sólo flota en áridos desiertos
la sombra que allí tienden sus montañas

¡Pobre alma! lo sabes: otra luna
finge este mundo á juveniles sueños,
que amor y dichas y placer aduna
en su esfera de encantos halagüeños.

Tú la viste en futuro desposorio,
tú la alcanzaste; mas en ella al verte,
su brillo de ventura fué ilusorio:
triste su faz te reveló la muerte.

Tal es la vida: al joven seductora
sonríe la ilusión y oculta el daño,
y alcanzada tal vez ¡cuál se desdora
con el triste color del desengaño!

¿Hay mundano feliz?—Es el que tarda
en ver el fondo de la vida triste.
Segura la tristeza siempre aguarda
al que más dichas y placer conquiste.

Cerrado está el Edén. Sus áureas puertas
abrir no puede ni la misma llave
que, las del corazón dejando abiertas,
junta dos vidas en amor süave.

El matrimonio fiel no es el ficticio
Himeneo gentil, alegre numen;
es de amor abnegado el sacrificio
en que dos vidas una suerte asumen.

Contra el engaño mundanal que place
cuando un Edén quimérico predice,
ya á los consortes en su mismo enlace
la austera religión así les dice:

«Mirad: el ara donde unís las manos
es un sepulcro, un holocausto el rito
que impetra los auxilios soberanos
sobre ese nudo por la cruz bendito.»

«Creced y sosteneos entre males;
educad nuevas almas peregrinas....
Sufrid: las rosas que tejéis nupciales
también corona formarán de espinas.»

«Como el divino Esposo y su alta Esposa
amaos fieles por el mundo en guerra.
Sólo mi cruz enseña generosa
la gran ley del amor sobre la tierra.»

Así la Iglesia. Corazón materno,
no es que la dicha del hogar condene,
si con lenguaje tan veraz y tierno
para las pruebas del dolor previene.

Quien no sabe sufrir, vivir no sabe.
Acrece males un Edén fingido;
y es forzoso que el dardo más se clave
quien con más furia se revuelve herido.

De consuelos el germen aniquila
cuando rebelde se exagerba un alma,
mientras la fiel resignación destila
saludable su dictamo que calma

No es la resignación estatua dura
de secos ojos y frialdad de hielo:
es la virtud que llora, y la amargura
templa del llanto con amor del cielo.

Tan sólo allí do tal amor no alcanza
fiero el dolor desesperado mora:
donde se sufre amando, la esperanza
tiende el iris de paz consoladora.

Y aunque la pena el corazón taladre,
valor, consuelo y esperanza ingiere
besar la mano de benigno padre
en el azote mismo que nos hiere.

Llora, pues, sin negar la providencia,
tú que padeces; con amor acata
su designio profundo; y la existencia
más fructuosa hallarás, menos ingrata.

Así las penas de tu acerbo luto,
que con creciente mérito atesores,
convertirás en el mejor tributo
al alma en quien cifraste tus amores.

Y al mirar esa luna, si imposible
te es ya soñarla de ilusiones llena,
astro de los recuerdos apacible
aun en tus noches la verás serena.

1893.



JUNTO Á LA CUNA

LENTA se mece la leve cuna
que calma al niño con su vaivén,
como el esquife de la fortuna
que baja el río de un vago Edén.

¡Río celeste! Duermen sus olas
y hacen de besos blando rumor,
donde el nenúfar abre corolas
como de nieve cuajada en flor.

¡Río celeste! De sus orillas
por la floresta primaveral
pasan asombros y maravillas,
mezcla de ensueños con lo real.

Allí las hadas de extraño cuento,
pájaros, flores, juego feliz...
Allí más grande todo portento,
más fresco y puro todo matiz.

Allí con alas de mariposa,
intacto el polvo de la ilusión,
vaga la mente de cosa en cosa,
libando esencias á la impresión.

Allí, si hay llanto, sólo es rocío
que no marchita la flor gentil...
Nunca hay escarcha ni sol de estío
en aquel coto de eterno Abril.

¡Oh Edén, oh río!.. Feliz infancia,
al contemplarte, mi corazón
sueña tus dichas, que á la distancia
de días y años más bellas son.

Mas no es ya sólo terreno encanto
que ante la cuna me hace pensar:
un atractivo más puro y santo
háceme en ella casi adorar.

¡Oh! la inocencia... Ella da al niño
la investidura de excelso honor:
es el augusto manto de armiño
de los que nacen en el Señor.

En ella el ángel más se embelesa
que en la sublime luz sideral;
y cuando al niño la frente besa,
confunden ambos candor igual. *

En ella tanto Dios se delicia,
que, oculto el ceño de su rigor,
sólo le muestra la alta caricia
con la que el cielo ríe á la flor.

Mas ¡ay! el puro celeste río,
conforme avanza, corre á morir
allá en el seno de un mar bravío
que amargas olas hace rugir...

Y la inocencia, que cual la pluma
de un ángel fuerte debió brillar,
es deleznable copo de espuma
sobre el mundano revuelto mar....

¡Oh Dios, que guardas sobre los mares
flotante el nido del pobre alción,
tú de este mundo por los azares
conserva salvo tu puro don!

Nunca marchita la alba inocencia
que hoy en capullo luce este sér,
con la corona de la experiencia,
logre en sus canas resplandecer.

Tú que del niño guardas la frente
bajo tus alas, ángel de luz,
salva el tesoro de ese inocente;
y en el peligro más inclemente
sea su tabla la austera cruz.



POSTRIMERÍAS DE OTOÑO

SU corona ya deshecha,
triste el otoño deshoja
y hace que el campo recoja
su más tardía cosecha.
El ansia al fin satisfecha,
la fecundidad ya inerte,
en el aspecto se advierte
de esta avanzada estación,
que sugiere al corazón
los recuerdos de la muerte.

Emigran de sus moradas
las golondrinas leales,
y de tierras boreales
llegan obscuras bandadas.

De lluvias, cierzo y nevadas
son las aves precursoras,
que las tardías auroras
cantando no alegrarán,
pues con las flores se van
también las voces canoras

Ante la noche creciente
amengua el día, y pesadas
las nubes aglomeradas
oprimen el vago ambiente.
A la luz del sol poniente
fingen tal vez en sus tonos
volcanes de ardientes conos,
incendiadas cordilleras,
monstruos, ángeles, quimeras
y apocalípticos tronos.

Aun pinta formas extrañas,
cuando la noche se extiende,
ese nublado, que enciende
mudo el rayo en sus entrañas.
Presienten las alimañas
la tormenta ya segura;
y el mar, que apenas murmura,
aguarda con estupor
al genio exterminador
que presa grande le augura.

Tras anuncio prolongado,
al fin, como rey tremendo,
con furia avanza y estruendo
el temporal concitado.

Ruge el piélagos encrespado,
y espumas lanzar intenta
á los riscos; se lamenta
el monte; aúlla el pinar,
que, ondulante como el mar,
agitase en la tormenta.

Y el viento, que arrecia sobre
la enorme rompiente blanca,
sus luengas crines le arranca,
que esparce en bruma salobre.
A dejar su choza pobre
se aventura el pescador,
que, entre codicia y horror,
acecha por dar alcance
á los despojos que lance
el abismo tentador.

Ya la cerrazón profunda
en diluvio se derrama,
y el torrente que rebrama
las hondonadas inunda.
Del mar las iras secunda
esa rojiza corriente,

que lleva en su espuma hirviente
troncos, aperos, ganado,
con que del mar no aplacado
los despojos acreciente.

Roto al fin su nimbo aciago,
el aquilón ya se aleja,
que en estas orillas deja
señales de horrendo estrago.
El sol con tímido halago
serena ya el nuevo día;
mas no difunde alegría
sobre la tierra postrada
que si sonríe, es bañada
en grave melancolía.

.

Volvió la paz: su faena
prosigue el duro labriego,
dando al campestre sosiego
lenta y honda cantilena
¡Cuán sugestiva resuena
del arado la canción!
Es su nota la expresión
del que sufre en labor ruda,
siembra esperando y saluda
lejano su galardón.

Cantar de rústica gente,
en su vaga melodía,
concentra la poesía
del grave tiempo presente.
Oyendo esa voz doliente
perderse en lejano són,
pienso en la grave estación
que sobre este siglo avanza
y nuestro horizonte alcanza
con su negra cerrazón.

Carácter de otoño imprime
de este siglo á la vejez
esa triste pesadez
que al mundo cansado oprime.
Ni la juventud se exime
de esa íntima congoja,
que entre placeres se aloja
en las almas y naciones,
cuyas secas ilusiones
tenaz un viento deshoja.

Se van, se van los poetas;
y sin ideal, sin estro,
un arte frío y siniestro
turba las mentes inquietas.
¡Ay! Públicas ó secretas
apostasías doquier,

han hecho desfallecer
el gran sostén de la vida,
que, yerma y entristecida,
ya sólo aspira al no sér.

El signo otra vez asoma
de aquel otoño que, adverso,
hizo ver al universo
la gran caída de Roma.
Es el signo de carcoma,
de ruina y disolución...
Mas esta vez la invasión
no trae de hordas extrañas.
¿Bárbaros?..... ¡En sus entrañas
los lleva cada nación!

En tanto, por más que espante
ese otoño, si podemos,
como el rústico llevemos
nuestra labor adelante.
Y nuestro espíritu cante
su canción que dice: «Espera,
trabajando persevera;
confía al surco el buen grano,
que nunca se esparce en vano
de Dios en la sementera.»



CANCIÓN DE LA MONTAÑA

AMO los montes. Lo sublime anida
constante como el águila en su altura,
y gentil lozanea la hermosura
en sus amenos valles recogida.
Tan sólo desde el monte, al pie tendida,
se ostenta grande la vulgar llanura.

El aire en las montañas es más puro,
más rico el tinte de color y sombra,
más fresco el césped que la tierra alfombra,
el manantial más límpido y seguro,
más fuerte el trueno y el valor más duro,
más vivo cuanto place y cuanto asombra.

Cumbres etéreas, trágicos abismos,
caos de rocas, bosques y torrentes,
huertos opimos, regaladas fuentes,
grutas, florestas, lagos, espejismos...
todo en el seno de los montes mismos
combina sus encantos diferentes.

Todo compone la imponente sierra,
monumento de Dios. Todo á porfía
forma, con sus contrastes y armonía,
ese poema enorme de la tierra.
En todo pueblo la montaña encierra
el Parnaso, el solar de poesía.

Albergue del misterio, la montaña
atrae como nieblas las visiones;
y arraigan las antiguas tradiciones,
como las selvas, en su dura entraña.
Del rudo montañés en la cabaña
arde el sagrado hogar de las naciones.

Tiende en sus valles maternal regazó
la región montañosa. Más amantes
sus hijos desde tierras muy distantes
echan de menos su materno abrazo;
y amor de patria con más fuerte lazo
sujeta á sus humildes habitantes.

¡Montaña maternal! desde la cuna
de tu regazo siento el atractivo,
y en tí mi numen se refugia esquivo,
lejos de lo vulgar que le importuna...
¡Oh! y en tus rocas, como en parte alguna,
la sacra huella del Señor percibo.

Trono santo en el suelo es cada cumbre
do la divina Majestad se asienta,
ya en el sagrado horror de la tormenta
ó ya del sol en la serena lumbre,
y en la vaga solemne dulcedumbre
de la noche que el cielo transparenta.

Estos montes que en serie indefinida
lanzan su cresta desigual al cielo,
olas parecen que elevara el suelo
á la alta inmensidad desconocida...
¡olas que alzó la tierra, conmovida
por el poder de un infinito anhelo!



RELIGIÓN MATERNA

(TRADUCCIÓN DE ZANELLA)

DESDE región velada
en misteriosa nube,
por senda accidentada
un peregrino sube,
llevando una lucerna
que al partir le entregó su madre tierna.

El campo duerme obscuro,
incierto es el camino;
mas con su luz seguro
avanza el peregrino
hacia la patria ignota,
que le señala el porvenir remota.

El día ya amanece
en vago albor: vacila
la llama y palidece,
dudosa á la pupila
del viador que, atento,
con su mano resguárdala del viento.

Siguiendo su jornada,
al sol que el brillo aumenta,
do quier maravillada
su vista se apacienta...
La humilde luz olvida
que le guiaba fiel á su partida.

Cuando el zenit derrama
fulgor más encendido,
él cree muerta la llama
velada á su sentido...
¡Vana aprensión! Eterno
vive el legado del amor materno.

Al terminar la senda,
sube á poniente un monte.
Declina el sol: su tienda
enluta el horizonte...
Ya al triste, bendecida,
luce la llama que creyó extinguida.

Retorna al dulce brillo
la imagen olvidada
de un templo, allá, sencillo,
de una mansión amada,
do su madre encendiera
la lucecilla que al partir le diera.

En cerca tenebrosa
ya el pie cansado pone,
hasta que en breve losa
su lámpara depone...
Y en paz espera el plazo
que le renueve el maternal abrazo.



EN LA MUERTE DE QUADRADO

FRENTES ceñidas de laurel ó roble,
de nimbos ó de palmas,
seres que sois el patriciado noble
del reino de las almas;

á vuestra excelsitud está igualado
el varón sabio y fuerte,
nuestro patriarca, cuyo nombre amado
ya consagró la muerte.

Grande fué el que los siglos y naciones
pesó con fiel balanza,
evocando á la luz generaciones
de donde el sol no alcanza.

De la alta Providencia los caminos
supo mostrar patentes,
en medio al oleaje y torbellinos
de tiempos y de gentes.

De códices oscuros, polvorientos,
brotar hizo la vida.

Á la patria enseñó sus monumentos
donde la gloria anida.

Recuerdos y bellezas en gran copia
contó en el suelo hispano,
y toda savia del terruño propia
supo exprimir su mano.

Audaz y á solas, con la fe por guía,
buscaba en su pureza
él, hombre de razón y fantasía,
verdad, bien y belleza.

Gran pensador, del arte enamorado,
no de su vana espuma,
modeló el pensamiento condensado,
y fué cincel su pluma.

Su estilo intenso, varonil, robusto,
parece haber escrito
sus caracteres para un libro augusto
de bronce ó de granito.

Mas del siglo á las luchas no fué ageno
su espíritu cristiano,
que ha discutido con vigor sereno
el gran litigio humano.

Por su Dios y su fe luchó valiente,
sufriendo todo embate,
sin temor de mostrar tal vez su frente
aislada en el combate....

Pudo errar; pero siempre, buen soldado,
bajó al palenque rudo
con buenas armas, con intento honrado,
la cruz sobre el escudo.

Así en la lucha como en dulce calma,
fué su piedad sincera
divino ardor y bálsamo del alma
para su vida entera.

De su piedad el Mayo se ha ceñido
guirnaldas inmortales,
y maduros el templo ha recogido
sus frutos otoñales.

Él á la caridad en este suelo
abrió fuente segura
que corre sin rumor á dar consuelo
al pobre sin ventura. (*)

Él su afecto pujante y concentrado
nutrió en la paz interna,
y fué su corazón altar sagrado
de la amistad eterna. .

¡Ay! aquel noble corazón valía
igual que aquella mente,
y menos que al autor se conocía
su corazón potente.

Día vendrá que el escritor profundo
alcance más renombre...
Mas ¿quién entonces hará ver al mundo
lo que valía el hombre?

¡Ah! los que hemos logrado ser testigos
de aquel carácter recto,
los que él honró llamándonos amigos
con paternal afecto,

rindámosle tributo interminable
de afecto y bendiciones,
y un sagrado guardémosle inviolable
en nuestros corazones!

Mientras aquí la sombra se agiganta
del escritor augusto,
mientras la gloria de los cielos santa
corona al varón justo,

si hoy no le da la patria decadente
del mármol los honores,
al menos en su túmulo reciente
no falten nuestras flores.

Si: démosle las flores que él quería:
afectos de las almas,
que, sencillos y puros, prefería
á lauros, oro y palmas.

Julio de 1896



NOTA

(*) La Conferencia de S. Vicente de Paul fué fundada en Mallorca por Quadrado, quien la presidió hasta su muerte.—El in-igne polígrafo vivió constantemente como cristiano práctico; y la severidad de sus costumbres, la elevación y vehemencia de sus afectos, la rectitud inflexible de sus miras, señalaban en él un carácter tan excepcional como era excepcional su inteligencia.

EL PODER DEL CANTO

(TRADUCCIÓN DIRECTA DE SCHILLER)

LANZÁNDOSE por riscos y quebradas
fluye el torrente con fragor de trueno,
y pedruscos y encinas arrancadas
lleva arrastrando al espumante seno.
Con vaga mezcla de placer y espanto,
absorto, el caminante se detiene:
oye rugir el agua; mas en tanto
no ve ni sabe de qué cumbres viene.
Así fluyen del canto los raudales
de nunca descubiertos manantiales.

Unido el vate á toda fuerza arcana
que las fibras impulsa de la vida,
¿quién deshará su magia sobrehumana?
¿quién á su voz resistirá sentida?

Él á su antojo el corazón reduce,
cual si de Hermes tuviera el cetro alado;
ya al reino de las sombras le conduce,
ya á los cielos le lanza arrebatado:
meciéndole en lo serio y lo festivo,
le eleva á un grado de sentir más vivo.

Cuando de pronto, con enorme paso,
de placer en un círculo ligero,
penetra misterioso, horrendo caso,
con vislumbres de un Sér grande y severo;
entonce allí toda grandeza humana
se inclina ante ese incógnito gigante,
cesa el rumor de la alegría vana,
arroja toda máscara el semblante;
y la verdad en su victoria mira
deshecho todo ardid de la mentira.

Así quimeras frívolas destruye
cuando resuena poderoso el canto;
la humana dignidad reconstituye
y vigoriza con esfuerzo santo.
Por él á un Dios el hombre se asemeja:
nada terreno perturbarle debe,
cualquiera otro poder mudo se aleja;
hasta el dolor á herirle no se atreve;
y aun los surcos se borran de amargura
mientras la magia de los cantos dura.

Como tras de anhelar sin esperanza,
tras larga ausencia en el dolor interno,
con fervorosas lágrimas se lanza
un hijo amante al corazón materno;
así también del canto al atractivo,
desde el país de su lejana ausencia,
á sus lares regresa el fugitivo,
al puro bienestar de su inocencia....
y calienta sus cálculos glaciales
de Natura en los brazos maternas.



Á UN POETA IGNORADO (*)

EN este bosque, en el oculto albergue,
santuario del olvido, cuya calma
sólo permite del remoto mundo
evocar lo más bello, puro y noble;
tu recuerdo evoqué, dulce poeta,
y á tu memoria mi callada Musa,
como el eco á la voz, ha respondido.

Eco es mi Musa de estos montes. Vaga,
sencilla, sobria, pensativa y grave,
moradora ideal de estas riberas,
niño la conocí, la amé ya joven.
Aquí en mis juegos le tejí coronas,
coronas de romero perfumado,
de flor menuda, pero rica en mieles,
y azul como ese mar, como su cielo.
Aquí ya joven la busqué en las playas
do la azucena el arenal perfuma;

iniciéme asombrado en los misterios
de cavernas y abismos; y en la cumbre,
donde el vértigo gira, busqué el nido
del águila y el pino soberano.

Cantando recogí por las riberas
siempre vivas humildes, que florecen
ante el abismo pálidas y duran
inmarcesibles cual amor austero.

Amé el mar; y meciéronme sus olas
en leve esquife, en alas de la brisa,
saciando así mi juvenil anhelo
de vastos horizontes... Me introduje
allá en las grutas donde el mar se interna
profundo, con vislumbres opalinos,
prestando albergue á las marinas aves
y á la foca deforme. Como al antro
marino de Proteo fué aquel joven,
guiado por la ninfa, y allí obtuvo
que sus arcanos le dijera el vate,
según canta Virgilio; tal yo á veces
guiado por mi Musa interrogaba
al mar, ese Proteo multiforme,
ese gran vate de lo arcano. Y siempre
algo entendía á las salobres olas,
ya rebramasen en feroz tormenta,
ya de sirenas lánguidas fingiesen
blandos arrullos á la luna insomne.

Todo aquí me enseñaba poesía:
los montes escultóricos, las rocas
de sublime aridez, la nemorosa
frondosidad de los repuestos valles;
el ruiseñor, el águila, el cordero,
la fuentequilla y el cetáceo enorme
entrevisto en las aguas.... Todo en notas
vibrantes, coloridas, me compuso
el Génesis del arte. ¡Oh claros días
de Homérico esplendor! ¡Oh Virgiliana
serenidad del héspero fulgente!
¡Visión Dantesca de profundas noches!
¡Borrascas del gran Bardo! ¡Celestiales
melodías de Sión!.. Aquí mi mente
gustó los puros, insaciables goces
de embriaguez ideal. Las grandes obras
de los sumos poetas aquí sólo,
mejor que en doctas aulas resonantes,
gusté en los ocios del fecundo estío.
El genio de estas márgenes, mi Musa,
me comentaba los sublimes cantos,
en pensador silencio, y producía
fiel al sentido la viviente imagen
ilustradora del antiguo texto.
Así en doble caudal arte y natura
mi soñadora juventud llenaron,
y derramóse en versos: fuí poeta.

Para mí no fué el arte vano aliño,
disfraz vistoso que arrancase aplausos
en la escena del mundo; fué sincero
culto del alma, fué pasión sentida
por lo bello y sublime, puro y grande.
Canté lo que sentí. Pobres y oscuros
son mis cantos, lo sé; mas vibra en ellos
algo siquiera de verdad viviente,
algo fiel y que es propio; no tan mío
como del genio amado de estas rocas,
que es mi silvestre, solitaria Musa.

Mas ¿quién aquí me revelara el culto
de la Musa invisible de estos montes?
¿Quién si no tú, poeta, que ignorado
la comprendías en silencio grave?
Por ti el supremo hechizo de natura
todo mi sér compenetró. Tu mano
puso en las mías los augustos libros
en que grandes videntes imprimieron
la belleza inmortal... ¡Ah!, si resuena,
con cuerdas tuyas vibrará mi lira!

Tú la gran poesía no has cantado
que amaste con ardor, mas la viviste.
Nunca guirnaldas de floridos versos
tú llegaste á tejer; pero las flores
que, deshojadas en lenguaje humilde,

prodigaste á tu paso, formarían
nobles coronas á cualquier poeta.
Artista no te llaman; mas lo bello
modelaste en el bien. Has esculpido
en vivos corazones, derramando
salud, consuelo y dádivas ocultas
sobre el dolor y la miseria humana.
Ha sido tu poema el sacrificio;
y no existe poema en este mundo
más grato á Dios, más aceptable al cielo.
No de estéril laurel es la corona
que tu premio será, sino de estrellas...
estrellas que eran lágrimas, las mismas
que recogiste de mortales ojos.
En vez de hueco aplauso, bendiciones
escucharás de gratitud sincera.
Y cuando no palpite ya ni un pecho
de los que aquí te amaron, cuando cubra
tu nombre y tu recuerdo el alto olvido,
aun entonces tus márgenes amadas
guardarán por los siglos tu memoria.
Si ya no fuere mi soñada Musa,
con más verdad será tal vez el Ángel
custodio de estos montes y riberas
quien te recuerde con amor fraterno.
Y en noches inspiradas, al perderse
fugaz estrella en el azul profundo
dirá el Ángel quizá: «Tal mi poeta

aquí pasó, perdiéndose en el cielo.
Ya nadie como él ha comprendido
las armonías de este sitio agreste:
ya nadie en estas márgenes y bosques
meditó como él bajo mis alas.
Rastro no deja de mundana gloria
aquel sér como cítara vibrante....
Mas para Dios nada se pierde, y todo
entra en la ley de una armonía inmensa,
entra en el himno de profundo acorde
que tributa al Eterno lo creado.»

Formentor.—Julio de 1892.



NOTA

(*) El *poeta ignorado* á quien iban dirigidos estos versos fué D. Miguel Llobera y Cánaves, tío materno del autor. Hombre de sensibilidad delicadísima y de imaginación exuberante, vivió reconcentrado en la muda contemplación de la naturaleza, en la lectura y en la caritativa práctica de la medicina.

ÍNDICE

PÁGINA

PRÓLOGO	V
La alondra	1
Nocturno	2
Oyendo música	5
Idilio franciscano	6
Sobre un concepto de Leopardi	10
Amor de patria	11
Marina	12
Balada de la fuente	15
Soledad	17
El pino de Formentor	18
En la playa	21
Vislumbres	22
Para un álbum	23
Íntima	24
Epitafio	28
En la plaza de la Concordia	29
Recogimiento	31
Al pie de un retrato	33
Inscripción	35
Esperanza	37
Iris	43
Virginal	44
España y Santa Teresa	47

Flor de almendro	49
En los terremotos de Andalucía	50
Insomnio	51
En las cascadas del Anio	52
En el anfiteatro de Roma	57
Ruinas	58
Miguel Ángel	63
Á Rafael	64
En la celda del Tasso	65
Orillas del Tíber	73
Orillas del Arno	75
Ante el Moisés de Miguel Ángel	77
En las catatumbas de Roma	81
Adiós á Italia	93
¡Luz!	97
Crepúsculo de Agosto	100
Crepúsculo de Noviembre	103
Á Fray Luis de León	106
Resignación	107
Junto á la cuna.	113
Postrimerías de otoño	117
Canción de la montaña	123
Religión materna	126
En la muerte de Quadrado	129
El poder del canto	135
Á un poeta ignorado	138





FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU
CEU



15007218

